

EL ASTRO
NOCTURNO

EL ASTRO NOCTURNO

María Gudín



1.ª edición: septiembre 2011

© María Gudín, 2011

© de los mapas: Antonio Plata López

© Ediciones B, S. A., 2011

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-4726-7

Depósito legal: B. 22.105-2011

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.U.

Ctra. BV 2249 Km 7,4 Polígono Torrentfondo

08791 - Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi madre

وَالسَّمَاءِ وَالطَّارِقِ ۝
وَمَا أَدْرَاكَ مَا الطَّارِقُ ۝
النَّجْمُ الثَّاقِبُ ۝
إِن كُنتُمْ تُحِبُّونَ الْفَسَادَ
حَافِظًا

AT-TARIQ
El astro nocturno

¡Considera los cielos y lo que viene de noche!
¿Y qué puede hacerte concebir qué es lo que viene de noche?
Es la estrella cuya luz atraviesa las tinieblas de la vida,
pues no hay ser humano que no tenga un guardián.

Sura 86

En nombre del Dios Clemente y Misericordioso, la bendición de Dios sea sobre Nuestro Señor Muhadmmad y su familia.

Yo, Ahmad ben Muhamad ben Musa al Razi, recogí las noticias de la conquista de las regiones que ocupan el occidente del mundo, el lugar más lejano, las tierras en las que el sol se oculta.

No sé si son leyendas. No sé si son realidad.

Yo, Ahmad ben Muhamad ben Musa al Razi, os relato, mi Señor, lo que hallé en las crónicas de tiempos antiguos.

¿Qué diré de aquel tiempo pasado en el que un reino cayó de la noche al día?

Nadie conoce lo que allí ciertamente ocurrió.

¿Qué diré de la historia de un hombre que surgió como el astro nocturno, para brillar un instante y diluirse en las sombras? ¿Qué diré de la historia de un hombre que iluminó las luces del alba para desvanecerse ante el fulgor del sol matutino? ¿Qué diré de la historia de un hombre que fue una estrella de penetrante luz?

Pocos han cambiado la historia del mundo de la manera en la que él lo hizo, movido al inicio por la venganza; después, por el honor de Tu Nombre.

¿Qué diré del que se le opuso? ¿Qué diré del incircunciso que descendía de un hada?

Él, incircunciso, fue el sol de una nueva mañana.

Guardaos, mi Señor, del incircunciso, del hombre que des-

ciende de un hada. Guardaos del hombre en quien se cumplen las profecías. Guardaos de aquel que causó la ruina de los fieles al Único.

¿Qué diré de la copa sagrada?

La que abate los corazones torcidos, el vaso del poder, el cáliz que da la salud.

¿Qué diré de la mujer que no cedió ante nadie, que resistió como una roca?

Ella es la guardiana, la que ha llevado el peso del amor y del dolor en su alma.

¿Qué podremos decir de la mujer que fue asesinada?

El rastro de la mujer muerta desencadenó una guerra cruel.

Yo, Ahmad ben Muhamad ben Musa al Razi, contaré la historia de las hazañas de mi pueblo, la historia de aquellos que vivieron en un tiempo lejano y cambiaron los destinos de un reino.

EL HOMBRE DEL DESIERTO

Estas tribus del Magreb no tienen comienzo y nadie sabe dónde acaban; si una de ellas es destruida, muchas otras la reemplazan; ni siquiera las ovejas que pastorean son tan numerosas como ellas mismas.

Carta al califa de Damasco
del gobernador del Norte de África,
Hassan al Numan (en torno al 710)

El oasis

Las dunas doradas se mueven al sol aventadas por un aliento cálido. Un hombre solitario avanza bajo la luz cegadora del desierto; apenas un punto blanco sobre la mancha negra de un caballo. Delante y detrás de él, las dunas cambian su forma, borrando caminos nunca antes ni después hollados. El jinete maneja con mano firme las riendas, azuza al animal y le clava las espuelas en los ijares, evitando que se hunda en la arena blanda del erial sin fin. En un día de calor inmisericorde, desbordante de luz, el sol derrite la tierra. El guerrero suelta una rienda para colocarse el turbante; después, con la mano, se protege unos ojos grandes, de pestañas negras, claros aunque oscurecidos por el dolor y la rabia. Otea en lo lejano. En la inmensidad ambarina le parece vislumbrar un espejismo rojizo. El destello cárdeno trae a su mente la sangre de ella.

Galopa con cuidado sobre las dunas mientras tornan a su imaginación los hermosos rasgos de la que un día él amó, una mirada que ha cesado ya para siempre y que nunca volverá a ver, que le acariciaba no tanto tiempo atrás. Durante aquellos meses pasados, el recuerdo de ella se le ha desdibujado en la mente. Ahora, al divisar el resplandor cárdeno, la herida se reabre y vuelve a ser dolorosa. El jinete aprieta la mandíbula, tragando amargura. Debe olvidar, si no lo hace, siente que puede volverse loco. Ahora su misión es buscar justicia, hacer pagar al asesino su culpa y devolver al reino del que huye, la paz. La ilusión cede, las dunas retornan a su retina. Se endereza en el caballo e intenta divisar, en el horizonte, el oasis con el asentamiento bereber.

Lentamente, al acercarse, descubre arbustos de mediano tamaño y, poco más allá, palmeras oscilando grácilmente en el cielo luminoso del desierto inabarcable; después, cuando se aproxima aún más al oasis, distingue las tiendas de los bereberes, unos palos cubiertos por paños, pieles y ramajes.

El jinete desmonta, ata su caballo a una palmera, y se encamina hacia la tienda más grande. Le salen al paso unas mujeres medio vestidas, de piel cálida y pechos gruesos que se desdibujan bajo las túnicas finas, un griterío de voces agudas de niños y las exclamaciones de bienvenida de los hombres del desierto. De la tienda más grande, al fondo del poblado junto al agua, asoma un hombre con turbante y velo que cubre su faz, el jefe de los bereberes, un hombre ante quien el forastero se inclina.

El jeque bereber le observa con ojos grandes, castaños, pestanñosos y amables, que le escrutan inquisitivamente; después, le saluda con cierta solemnidad, hablándole en una lengua que no es la propia, un latín torpe y deformado, lleno de sonidos guturales.

—Bienvenido a la morada de Altahay ben Osset. ¿Quién eres? ¿Cuál es tu linaje?

—Me llamo Atanarik, he cruzado el estrecho muchas lunas atrás, mi linaje es godó...

Altahay se pregunta quién será aquel forastero, que atraviesa el desierto sin temerlo. Dice ser un godó, pero su aspecto no es tal. Un hombre alto y joven, herido quizá por algo en su pasado.

—¿Qué buscas en el desierto?

—Busco hombres que quieran luchar. Busco a Ziyad, al hijo de Kusayla...

Un brillo de curiosidad late en la mirada del jefe de la kabila pero su rostro reseco no se inmuta, mientras le dice:

—Aquí no lo encontrarás. Ziyad es poco más que una leyenda... —Altahay hunde su mirada en lo lejano, más allá de los hombres de Atanarik, mientras recuerda— ... el hombre al que adoptó la Kahina, la Hechicera... El hombre al que le transmitió su magia... El guerrero invencible que posee el secreto del poder. No. Ziyad no es más que un héroe legendario entre los bereberes...

Atanarik impacientándose ligeramente le replica.

—Ziyad es real y debo encontrarle. Me han dicho que sabes dónde está.

—No... —el bereber duda si debe seguir hablando—, ignoro dónde se oculta. ¿Por qué piensas que conozco el refugio de Ziyad?

—Me envía Olbán. Fue él quien me indicó que tú podrías indicarme dónde mora Ziyad.

Al nombre de Olbán la expresión del bereber cambia, aquel noble godo comercia con los bereberes, custodia el estrecho, Altahay no quiere enfrentarse a tan poderoso señor.

—¿Olbán, el señor de Septa?¹

—Sí.

—¿Te envía a atravesar el desierto, solo, sin una escolta?

—Salí de Septa unas semanas atrás. Al atravesar las montañas del Rif, sufrí una emboscada y la escolta que me acompañaba se dispersó. No eran hombres fieles, ni aguerridos en la lucha. Necesito gentes que sepan luchar, hombres que me sean leales... Ziyad me los proporcionará; es muy importante que le encuentre, y tú sabes dónde está.

El jeque desvía la conversación del tema que le interesa al godo, necesita asegurarse de que aquel hombre es de fiar.

—Se dice que Olbán de Septa se ha alzado frente al dominio de los godos... ¿No eres tú uno de ellos?

A lo que Atanarik le contesta:

—Yo y muchos otros de mi raza nos hemos rebelado frente a la tiranía del usurpador que ocupa el reino godo.

Altahay ben Osset analiza detenidamente al hombre que solicita su ayuda. Por las caravanas que cruzan el desierto hacia el reino perdido junto al río Níger, al bereber le han llegado rumores de lo que está sucediendo en Hispania, el país del pan y los conejos, el lejano reino más allá del estrecho, regido por los visigodos, unos guerreros procedentes de un lejano lugar, muy al norte de las tierras conocidas. Se dice que los godos cometen todo tipo de desmanes y atrocidades; por eso, el bereber les ha imaginado como a hombres grandes, de cabellos claros y actitud prepotente, los hijos de una casta de tiranos. Sin embargo, aquel hombre que, descansando la mano en la espada, se yergue frente a Altahay, no parece uno de ellos; es un guerrero alto y fuerte, de piel clara, pero ahora bronceada por el sol del desierto como la de cualquier bereber. Los ojos son aceitunados, algo velados por el dolor, pero no muestran orgu-

1. Ceuta.

llo ni crueldad. Altahay intuye que no es peligroso; además, le obliga el deber de protegerle por haberle solicitado asilo. Esboza una sonrisa e inclina la cabeza, diciendo:

—Nuestra hospitalidad te acoge por esta noche. Mañana deberás partir.

—Y... ¿Ziyad?

El bereber calla durante un instante, cavilando hasta qué punto debería revelar a un extraño el refugio del jefe bereber.

—Dicen que se dirigió hacia el reino Hausa...² que quizá se oculta en las montañas de Awras...³ —Altahay se expresa de un modo impreciso—. Ahora has de descansar, más tarde hablaremos.

Con una palmada, el jefe de los bereberes, llama a la servidumbre para que atienda al recién llegado. Los esclavos le conducen hacia una tienda cercana a la charca, donde se acomoda. El suelo está mullido por alfombras de nudos y, en las paredes de lona, se apoyan amplios almohadones bordados. Todo huele a almizcle y a especias; al fondo de la tienda, un recipiente de bronce sobre un infiernillo, exhala humo blanquecino y oloroso; a un lado, una palangana con agua donde Atanarik se lava las manos y se refresca la cara y el cuello. Después el godo se retira el turbante, mostrando unos cabellos castaños y cortos; un semblante de facciones rectas, con barba joven y escasa; en la mejilla, una señal oscura, estrellada, como un lunar grande.

Rendido por el viaje, agobiado por el calor del día, se recuesta sobre los almohadones pero no llega a dormir, está intranquilo.

Cuando se levanta y sale de la tienda, el sol ha iniciado su descenso. Se dirige al manantial en el centro del campamento bereber. Una nube perdida, aislada en el cielo, se refleja en el agua del oasis. La corriente mana del suelo y se remansa en el lugar para, después, desaparecer bajo tierra. No es una poza enfangada sino un venero de aguas límpidas donde afloran las corrientes subterráneas del desierto. El godo se relaja apoyándose en una palmera. Bajo su sombra, los esclavos del bereber le sirven vino y dátiles. Atanarik bebe sediento, después mordisquea sin ganas los dátiles; transcurre perezosamente el tiempo. De pronto, en un instante, el sol se esconde. Atanarik se sigue asombrando por la celeridad del crepúsculo en aquellas tierras australes. El sol apenas ha rozado la arena del

2. Sur de Argelia, norte de Nigeria.

3. Parte de la montaña del Atlas.

desierto, cuando desaparece del horizonte. En el ocaso luce aún un fulgor rojizo, la tierra se vuelve oscura, el horizonte es purpúreo.

Al salir las estrellas, se alza el fuego en el oasis, las mujeres preparan alimentos y el olor suave de la carne y el mijo guisados se extiende por el campamento. Le conducen al lugar donde Altahay cena recostado entre almohadones, cerca del fuego; Atanarik se inclina en un saludo protocolario, antes de sentarse junto a él. Se escuchan las notas de la flauta y el tambor. Una música suave, que se va transformando en cada vez más intensa y rítmica, se alza entre las llamas. Pronto, el godo se abstrae contemplando a aquellas mujeres libres —tan distintas de las damas de la corte de Toledo— beduinas que danzan con descaro ante los hombres. Atanarik las observa para después fijar su vista en el cielo.

La noche se ha tornado fría, las estrellas parecen formar palabras, figuras, un acertijo que quizá quiera señalarle algo. Sobre el horizonte brilla un astro de luz penetrante, la primera estrella del ocaso. Sumido en la contemplación del firmamento, apenas escucha a Altahay que, junto a él, asume sus deberes de hospitalidad; al fin, el godo encauza su pensamiento hacia el jeque cuando éste comienza a hablar de aquel hombre, una leyenda entre los bereberes, al que Atanarik está buscando.

—Conocí a Ziyad, el guerrero que es una leyenda para nosotros, los bereberes... Ambos éramos jóvenes, creo que tendríamos la misma edad que tú tienes ahora, cuando nos enfrentamos a las tropas árabes. Las capitaneaba un hombre valeroso, Uqba ben Nafti, el conquistador árabe del Magreb, uno de los más grandes generales del Islam.⁴ Le llamaban el Africano porque cruzó y conquistó todo el Norte de África desde Egipto hasta el Atlas. Destruyó Cartago y fundó Kairuán en la provincia de Ifriquiya.⁵ Tras sus campañas se dijo que los árabes eran invencibles, porque derrotaron una a una todas las tribus bereberes. Sólo Kusayla, el padre de Ziyad, y, tras la muerte de éste, su hijo, prohijado por la Kahina, les han hecho frente con éxito.

—¿Sabes dónde se oculta Ziyad? ¿Sigue teniendo hombres que luchan a su lado?

4. Uqbah ibn Nāfi (622-683), general árabe del califato Omeya, inició la conquista islámica del Magreb, hasta llegar a los actuales Argelia y Marruecos.

5. En la actual Túnez.

—Creo que sí. Hace poco uno de sus lugartenientes atacó las costas hispanas, pero él se oculta... Si un día Ziyad se levantara en armas, todo el Magreb le seguiría... Yo, el primero de ellos... —Altahay calla un momento y luego prosigue— tal es su prestigio.

Atanarik fija su vista atentamente en el bereber; quizás algún día, aquel hombre, Altahay —cuyo nombre significa «el audaz guerrero»—, luche a su lado. Atanarik desea conocer más acerca de Ziyad pero el jeque, al hablar del legendario caudillo bereber, se torna parco en palabras. En la conversación se hace una pausa más larga que Altahay aprovecha para observar al forastero con detenimiento, fijándose en la pequeña mancha que marca la cara del godo. Al fin se dirige a él, preguntándole:

—¿Por qué tú, un godo, buscas a aquel de quien los bereberes nos gloriamos?

Atanarik alza los ojos, aquellos ojos claros y oliváceos, aquellos ojos en los que se mezclan las razas.

—Porque es... mi padre.

Altahay muestra una actitud de admiración y reverencia al hijo de aquel que es un héroe para los hombres del desierto.

—Debí suponer que tenías algún parentesco con él. Tienes su señal en la cara, la señal de la familia de Kusayla.

Atanarik se pasa la mano por la mancha que le marca la cara desde niño, un lunar grande, la señal que un día le avergonzó y de la que ahora se enorgullece.

—¿Cómo puede ser que Ziyad tenga un hijo... un hijo godo, un hombre del Norte...? —el bereber inquiere.

Atanarik se recuesta entre los almohadones.

—Te contaré una historia.

Altahay le observa con curiosidad y expectación; al bereber le gustan las historias; le agrada sentarse junto al fuego y que le narren antiguos relatos que él, a su vez, contará, modificándolos y transformándolos hasta que un día se conviertan en leyendas.

—Como bien me has contado, antes de que yo naciera, los árabes procedentes de Egipto cruzaron el Magreb enfrentados primero a los bizantinos, después a los asentamientos godos de la costa y, por último, a los bereberes del Atlas, a quienes comandaba Kusayla, el padre de Ziyad...

Altahay recuerda bien aquel tiempo en el que las tribus bereberes del Magreb se enfrentaron a un poderoso enemigo: los árabes

recién convertidos al Islam que avanzaban por el Norte de África. Por eso le interrumpe, diciendo:

—No pensábamos que Uqba, el árabe, fuese a llegar hasta el Atlántico ni que atacase el Sahara, enfrentándose a nosotros los bereberes, nos sentíamos resguardados por el desierto y por las montañas del Atlas. En esta tierra no hay riquezas, somos nómadas, guiamos caravanas, los bereberes que habitan las montañas pastorean ganado...

El jeque se detiene, quizá pensando en su pueblo. El godo prosigue hablando:

—En un principio el árabe no iba contra vosotros, los bereberes. Creo que Uqba quería cruzar el estrecho y dirigirse a Hispania. Pero al llegar a Tingis,⁶ el jefe de la plaza y gobernador del área del estrecho, el hombre que me envía a ti, Olbán de Septa, impidió el paso de los árabes hacia las tierras de Hispania y lanzó a Uqba hacia el sur, contra los bereberes. Supongo que sabrás cómo el conde Olbán logró desviar el ataque del árabe...

—Se dice que hizo un pacto con ellos.

Atanarik asiente:

—Sí. Abandonó Tingis y hubo de refugiarse en Septa. Después, con promesas de riquezas y oro, Olbán dirigió a los musulmanes hacia el Atlas y hacia los territorios del Sus, enfrentándoles a los bereberes. El conde de Septa protegió Hispania porque, en aquel tiempo, estaba en buenas relaciones con la dinastía reinante entre los godos. Olbán siempre ha sido comerciante, su fortuna es inmensa, y además de proteger a los godos quería mantener la paz para salvaguardar sus intereses económicos en el estrecho, sus negocios con las tierras del Levante, Egipto y Asia. No quería que el reino godo fuese atacado, ni tampoco una guerra desastrosa para el comercio. Para evitarla y desviar a los árabes hacia el interior de África, el conde Olbán rindió tributo a Uqba y le pagó con oro, joyas, caballos y esclavos. Además, como prenda de amistad, Olbán le entregó como esposa a una bella mujer, su prohijada, originaria de una antigua familia goda. La mujer llevaba con ella una cuantiosa dote en joyas y objetos preciosos. Su nombre era Benilde...

Atanarik, melancólico y en voz algo más baja, murmura:

—Aquella mujer era mi madre.

6. Tánger, Marruecos.

El joven forastero enmudece. Se escucha el crepitar del fuego. El bereber le observa atentamente, pero no interrumpe su silencio. Después Atanarik prosigue relatando la historia:

—Sin embargo, el destino de mi madre no iba a estar entre los árabes sino entre los bereberes... A su regreso hacia su cuartel general en Kairuán, Uqba recogió en Septa a su futura esposa, y envió por delante al grueso de su ejército, por lo que se quedó con pocos efectivos. Fue un error. En su retirada hacia Ifriquiya, Uqba fue atacado por Kusayla, quien le venció. Uqba murió en el combate y Kusayla se hizo con todo el botín que llevaba el árabe. De esta manera, Benilde pasó de ser la futura esposa del gobernador de Ifriquiya a la cautiva de Kusayla...

Altahay, que le escucha cada vez más interesado, ahora recuerda claramente aquel episodio de la guerra entre los árabes y los bereberes:

—Yo participé en la escaramuza en la que murió Uqba, fue en Tahuda. Recuerdo que tomamos prisionera a una mujer, una mujer muy hermosa. Repartimos el botín, y Kusayla se quedó con la mujer como rehén. No sé qué fue de ella.

Atanarik se lo explica lentamente, recordando con melancolía aquellos hechos anteriores a su nacimiento:

—Al descubrir que Benilde era un personaje de alcurnia, una goda pariente del conde Olbán de Septa, Kusayla intentó negociar su canje. Las negociaciones se retrasaron y, entretanto, Kusayla murió por heridas de la batalla. Fue el hijo de Kusayla, Ziyad, quien la desposó. El matrimonio apenas duró unos meses, dicen que Benilde no soportaba la dura vida del campamento bereber, ni las costumbres de mi padre Ziyad, un hombre con multitud de esposas y concubinas. Cuando llegó el rescate, mi madre, enferma de melancolía, solicitó ser reintegrada a su raza y a su gente. Como recuerdo de su breve matrimonio, Ziyad le regaló una bandera que había conquistado a Uqba, el árabe... —Atanarik se detiene un momento, pensativo, y luego prosigue—: Es el único recuerdo que guardo de mi padre.

Atanarik introduce la mano entre los pliegues de la túnica y, de una faltriquera que lleva junto al pecho, extrae una fina tela de seda cuidadosamente doblada. La extiende ante Altahay. Es una bandera de color verde, en el centro una media luna y dos alfanjes de hoja curva cruzados entre sí.

—¡La bandera, de Uqba, el conquistador árabe! —se asombra el bereber—, una de las que conquistamos en la emboscada de Tahuda...

—Mi madre regresó a Septa, donde dio a luz un hijo que soy yo. Ella murió cuando yo era aún niño; pero antes de partir hacia el lugar de donde no se regresa me entregó la bandera. Me dijo que mi padre había sido un gran guerrero y que yo seguiría sus pasos. —Atanarik se detiene y continúa hablando con orgullo—: Yo soy el hijo de Benilde y Ziyad, una mezcla de razas: godo por mi madre; bereber por mi padre. No conocí a Ziyad, fui educado en Septa por Olbán, y después enviado a las Escuelas Palatinas de Toledo, donde aprendí el arte de la guerra. Ahora, graves asuntos hacen que regrese al Magreb y que busque a mi padre para solicitar su ayuda.

Altahay le observa pensativo. Aquel relato del godo le trae imágenes de su juventud, de un tiempo de guerra, el tiempo en el que los árabes avanzaron desde el Oriente, dominando a su pueblo. Recuerda las banderas árabes al viento, los gritos del invasor que asolaba las tierras del Magreb. Sólo Kusayla y tras la muerte de éste, Ziyad, les han hecho frente con éxito. Por eso, escudriña con interés los rasgos de Atanarik, siente curiosidad por saber qué es lo que ha traído al hijo de Ziyad a las tierras del Magreb, a la búsqueda de su padre.

—¿Puedo preguntarte cuáles son esos graves asuntos?

Atanarik le contesta con voz firme, decidida:

—El país de los godos se hunde, la peste y la hambruna se han apoderado del antiguo y aún esplendoroso reino de Toledo. Nadie pone remedio al desastre. El actual rey, Roderik, es un usurpador, un tirano al que hay que derrocar, un homicida que asesinó a la mujer que yo amaba. Son muchos los descontentos. Se está labrando una guerra civil. Yo he tomado ya parte en ella, necesito hombres que me sigan, que quieran cruzar el estrecho para atacar a ese reino corrupto. Nos espera la gloria y un gran botín.

Ante estas palabras ardientes, el jeque bereber observa a aquel godo que le habla lleno de pasión. Siente que una fuerza emerge de él, un magnetismo en el que Altahay se ve envuelto. Le recuerda a Kusayla, le parece ver en él a Ziyad, que sigue invicto y ha llegado a dominar el Magreb desde su guarida en las montañas del Atlas. Un hombre joven que quiere cambiar el destino del mundo. Sí, él, Altahay, es también un guerrero y le gustaría luchar junto al hijo de Ziyad en esa campaña que se avecina. Atanarik es la cría de un león

del desierto, un águila que cruza las cumbres, un guía de hombres, una estrella en el ocaso del reino godó que se alza para brillar con una luz rutilante.

—Eres un digno hijo de tu padre, en tus venas corre la sangre de Kusayla. Te indicaré el camino que conduce hacia Ziyad. Hablaré de ti a las otras tribus. Te proporcionaré los hombres que necesitas. Tu padre tiene muchos hijos pero ninguno tiene la marca de Kusayla en su faz, y no creo que ninguno de ellos posea el ardor guerrero que inflama tu corazón.

La luz de la hoguera se apaga, las brasas emiten un resplandor tenue. Las estrellas giran y siguen su órbita en un cielo límpido. El bereber se retira y Atanarik lo hace también a su vez.

La cueva de Hércules

En la tienda encuentra a la mujer que Altahay le ha cedido como muestra de hospitalidad, una mujer morena, una de las esclavas que le observa con timidez. Atanarik no desea gozar de ella. La sierva le mira sorprendida por el rechazo, y se acuesta a sus pies como un perrillo. El cabello oscuro y ondulado la cubre. Contemplando aquella negra cabellera, a su mente regresa una figura ensangrentada, un cabello azabache esparcido sobre un lago de sangre.

Le parece aún hoy, cuando está en las lejanas tierras africanas, oír de nuevo a los hombres del rey, subiendo hacia la cámara del crimen y él, Atanarik, sin poderse mover junto a su amada, su amada Floriana. Aún recuerda el frío de la muerte al palpar su suave piel helada. Al girar el cadáver, pudo ver las marcas de arma blanca, las múltiples heridas rojas que manchaban su túnica, una sangre aún fresca, casi palpitante. Contempló aquel rostro de rasgos rectos, de cejas finas y negras que enmarcaban unos ojos claros de pestañas oscuras, su boca carnosa y su piel blanca. La mirada fija de Floriana mostraba una expresión de terror y desesperación.

Los soldados del rey le habrían apresado si una criada joven, una sierva, no le hubiera ayudado. No puede olvidar cómo le había empujado intentando separarle de Floriana, recuerda el roce tenue de aquella mano tímida, su suave voz diciéndole: «Debéis huir, mi señor, os culparán de este crimen.»

—¿Quién...? ¿Quién ha sido...? —balbuceó él.

—No, no lo sé... Da igual... Debéis iros.

Atanarik depositó suavemente el cadáver en el suelo, se levantó y agarrando fuertemente los hombros de la criada, la zarandeó una y otra vez mientras le preguntaba angustiado:

—Dime quién ha sido, lo mataré...

—Os digo que no lo sé; ella discutía con un hombre... —gimió la sierva, intentando liberarse de él—. No sé de quién era aquella voz... Floriana solicitaba compasión y perdón... Ante los gritos me asomé a tiempo para ver cómo la atravesaba una y otra vez con su puñal, pero sólo pude ver una capa oscura y el brazo que se alzaba sobre ella con el puñal ensangrentado. Después quienquiera que fuese huyó... No pude hacer nada.

Atanarik bramó enfurecido.

—Mataré a quienquiera que haya sido...

—¡No! ¡Ahora no podéis! ¡Huid! Por Dios os lo pido, huid...

Los ojos de la sierva le miraban con consternación, unos ojos claros, color de agua; unos ojos hermosos y extraños. Él, sorprendido ante aquella mirada, le preguntó.

—¿Quién eres?

—Me llaman Alodia. Soy la cautiva a la que vos amparasteis. Fuisteis vos mismo quien me entregó a mi ama Floriana... ¿No lo recordáis?

La mente de Atanarik parecía estar vacía, bloqueada por el dolor. Se inclinó de nuevo sobre el cadáver de la que había amado, rozando con la mano su cabello.

Los recuerdos se diluyen en la insensibilidad que provoca el sueño. El cansancio le rinde y cae profundamente dormido. En su letargo, divisa de nuevo el mar que cruzó no tanto tiempo atrás, las velas godas, de color oscuro, las antiguas columnas de Melkart, la gran roca de Calpe que adentra las tierras de Hispania en el océano, y el mar azul intenso delante de él, picado por el oleaje. Las costas de la Tingitana, Septa y Olbán. En sus pesadillas, le parece escuchar su propio grito al descubrir el cadáver de Floriana.

Sobresaltado, se despierta. Fuera se escuchan voces. Se lava la cara en el lebrillo y se viste con ropas bereberes. La luz del sol naciente le deslumbra al salir de la tienda. El campamento se está levantando. Los bereberes no permanecen mucho tiempo en un mismo lugar. Encuentra a Altahay preparando la partida de la caravana.

Al distinguir a Atanarik se inclina ante su huésped, con reverencia. Después, profiere un grito en su lengua. Un criado se le acerca, es un hombre de piel negra y labios gruesos, de baja estatura.

—Es Kenan, un hombre valiente... un amigo, me salvó una vez la vida. Le estoy agradecido por ello... Él te conducirá hasta el reino Hausa, allí podrás comprar hombres que luchen contigo, los mejores guerreros de África. —Los ojos de Altahay brillaron ladinos—. Él te ayudará pero tú deberás ayudarle a él...

—¿A qué te refieres?

—Kenan tiene que saldar una vieja deuda, que él mismo te contará... Deberás ayudarle si deseas conseguir hombres fieles.

Atanarik se siente interpelado ante la proposición que le indica el bereber. Ahora, Altahay no se muestra ya con la confianza que le manifestó la pasada noche; quizá duda de él y de su historia. El godó protesta:

—No tengo mucho tiempo, debo encontrar cuanto antes a Ziyad.

—Desde el reino Hausa podréis encaminaros hacia las montañas del Aurés, el lugar donde Ziyad se oculta.

—Según tu plan deberemos ir muy al sur para después desandar el camino retornando hacia el norte. Me propones un largo viaje...

—Lo es; pero, si no es por el sur, no hay otra forma de entrar a salvo en los lugares que domina Ziyad. Además, en el reino Hausa conseguirás hombres que te serán fieles, te aseguro que te va a merecer la pena...

—No podré ir solo.

—Irás con Kenan y os acompañarán algunos hombres más. Te proporcionaré mercenarios que buscan un futuro mejor que el desierto.

—¿Podré confiar en ellos?

—Como en mí mismo —ahora el jeque le habla protocolariamente—. Mi señor Atanarik, sois el hijo de Ziyad; para los bereberes, vuestro padre es un hombre al que debemos lealtad.

Altahay le conduce hacia un lugar en el campamento en el que unos hombres armados se están montando sobre grandes camellos. Son en torno a una veintena de guerreros; unos, oscuros, de la raza de Kenan; otros, de piel clara, de la tribu de Altahay.

Después el bereber, le cambia el caballo por un camello, que le

será de más utilidad en el largo viaje hacia el sur, y le suministra provisiones. El godo, por su parte, le recompensa con el oro que Olbán le ha entregado en Septa días atrás.

Cuando el sol asciende sobre el horizonte, Atanarik se despide del jeque; éste le dice que quiere combatir junto a él; que se le unirá cuando cruce el estrecho.

El hombre del Norte emprende el camino hacia el interior guiado por el individuo de piel oscura. El godo ha montado alguna vez en camello, aquél es un animal dócil. Desde lo alto de sus dos jorobas, durante leguas Atanarik se balancea al ritmo de sus pasos, divisando siempre el mismo panorama, un océano de dunas ambarinas, en un erial inabarcable. En lomos de aquel animal viejo de pelambre deslucida, el godo cabecea monótonamente.

Sol. Arena. Sol. Más arena.

Un cielo sin nubes.

Ni rastro de brisa.

Sequedad.

Calor, un calor que les penetra en la piel, a pesar de la protección de los mantos bereberes. Al avanzar, los camellos levantan la arena que les precede en su marcha. El guía le sonríe, una hilera de dientes blancos atraviesa la faz oscura.

Ella era blanca, con una piel suave, y unos labios rosados. Floriana... Olbán la envió desde Septa, en las tierras de la Tingitana, a la corte del rey godo. Una joven dama que debía servir junto a la reina. Una mujer hermosa, hermosa e inteligente. Quizá fue eso lo que la condenó, lo que la condujo a ser asesinada.

La sierva. Alodia, una mujer extraña, le salvó la vida, posiblemente a costa de la suya propia. Las puertas de las dependencias de Floriana temblaban bajo los golpes de los soldados, se escuchaba la voz de Belay, el capitán de la guardia, el hombre del rey, el espathario de Roderik. Alodia arrastró fuera de la estancia a Atanarik, lo introdujo en un pasadizo que solamente conocían las damas de Floriana y le indicó que avanzase a través de él. Ella se quedó de-

trás para cerrar la entrada al corredor y disimularla con un tapiz. Nadie podría saber que allí existía una salida de la estancia.

Cuando, echando la puerta abajo, la guardia entró, la sierva ya había cerrado la entrada del pasadizo y cruzaba el aposento. Corrió hacia la balconada externa del palacio, saltó sobre un estrecho saliente en la muralla y caminó sobre el abismo. Algunos hombres fueron tras ella; otros registraron la estancia sin encontrar la entrada ya oculta. Al llegar a la ventana, los soldados con sus grandes botas de campaña no pudieron seguir a la sierva que deambulaba sobre el angosto alero del muro del palacio. La muchacha se desvaneció entre la niebla nocturna. Sonaron las trompetas, y se escucharon gritos que enviaban en persecución de Alodia a la guardia, a los arqueros, para que la atravesasen desde abajo. La noche, oscura y turbia por la niebla, la protegía. Ella se deslizó, pegada a la pared, temblando, y se introdujo por una estrecha abertura en el muro del palacio. Esbelta como un felino, delgada y ágil, desapareció de la vista de sus perseguidores como si se hubiese esfumado en la noche. Se adentró en el pasadizo que rodeaba las estancias de Floriania, descolgando uno de los hachones de la pared, se dirigió hacia donde Atanarik avanzaba perdido en la oscuridad subterránea. La sierva pronto le encontró, y él se dejó conducir hacia las profundidades de la tierra. Marcharon deprisa y sin rumbo, huyendo de sus perseguidores. Les pareció escuchar a los lejos las voces de los soldados, buscándoles, por lo que se internaron en lo más profundo de la roca que cimentaba la capital del reino de los godos, la antigua ciudad fundada por Hércules. Se perdieron por aquellos túneles, que parecían no tener fin. Durante largo tiempo caminaron deprisa, todo lo deprisa que les permitía lo oscuro de los pasajes y lo resbaladizo del suelo, hundiéndose más y más en las entrañas de la tierra. Las galerías, que en su inicio estaban formadas por bóvedas de cañón y sillarejo, fueron dando paso a la roca madre, una roca de colores extraños, que a menudo brillaba al paso de la antorcha. Se sentían enterrados en vida, perdidos en un lugar misterioso, ajeno a todo lo conocido.

El cabello rubio ceniza de Alodia brillaba a veces por el resplandor de la tea. Llegaron a un arroyo que, habiendo labrado un túnel, descendía hacia el interior de la montaña, prosiguieron a través de él, mojándose los pies. La húmeda roca del pasadizo brillaba bajo la antorcha. Al fin, se encontraron en una enorme cueva con

una laguna en el centro, donde desembocaba el arroyo. En el techo, estalactitas alargadas que resplandecían cuando la luz de la tea incidía sobre ellas. En el ambiente se respiraba un hedor insoportable.

Rodearon la laguna pisando una tierra arenosa. Algo se movió en el agua, formando un oleaje alargado que llegó a la orilla donde se encontraban. Les atenazó una sensación de miedo. Al otro lado de la laguna, en la penumbra se entreveía otro pasadizo que se elevaba; seguramente por allí estaría la salida. Antes de llegar a él, la luz de la antorcha se reflejó sobre un gozne de metal dorado y una gran puerta entreabierta. No mucho tiempo atrás, el gran portón había estado cerrado por varias cadenas y candados que ahora yacían en los suelos. Los eslabones rotos no estaban cubiertos por la herrumbre, eran aún brillantes. La humedad del suelo no los había aún enmohecido.

Al verlos caídos por el suelo y la puerta abierta, Alodia gritó.

—¡No!

—¿Qué ocurre?

—Lo ha hecho. Roderik ha abierto la puerta prohibida. Roderik le decía a Floriana que quería entrar en la cueva de Hércules, pero ella le advirtió que no lo hiciese, que el mal caería sobre él.

—¿Cómo puedes saberlo, sierva?

—Yo... yo les oía. Floriana no se fiaba de Roderik; cuando él venía quería que yo estuviese cerca y yo... yo he escuchado todo lo que decían. ¡Venid conmigo! —exclamó ella muy nerviosa.

Penetraron en el interior de la estancia. No era una cueva natural sino una enorme cúpula, construida mediante una ingeniería muy antigua y compleja para sostener el gran palacio de los reyes godos. Del techo pendía una gran lámpara de bronce con brazos de formas extrañas, con dragones alados y serpientes de las que salían lenguas en las que había pequeños recipientes de aceite. Alodia encendió uno de ellos con la antorcha y el fuego pasó a los siguientes, hasta prender toda la lámpara, una luz suave pero límpida colmó la estancia. La claridad iluminó el oro, la plata y las piedras preciosas.

Contemplaron las joyas, armas y muebles de distintas clases y tamaños. Había grandes espadas romanas, yelmos y escudos; baúles entreabiertos en los que asomaban monedas antiguas; marfil, collares, brazaletes, coronas, anillos... Entre tantos objetos valiosos y en el centro de la cúpula, bajo la lámpara, destacaba una mesa de oro, guarnecida en esmeraldas. La mesa era de una sorprendente

belleza, una tabla de oro y plata, decorada por tres cenefas de perlas de diverso oriente, a las que rodeaban múltiples pies de esmeralda. Estaba grabada en unos caracteres de una lengua que Atanarik no supo descifrar, pero que Alodia reconoció.

En el suelo y cerca de la mesa, encontraron un arca abierta; la tapa había sido forzada, los candados rotos. El interior se hallaba casi vacío, solamente unas extrañas banderas en las que lucía un símbolo: una media luna y dos alfanjes de hoja curva cruzados entre sí.

Alodia se asustó aún más al ver el arca abierta y exclamó:

—Todos los males vendrán sobre aquel que osó desvelar el secreto de Hércules, su reino será destruido.

Atanarik percibió el frío del ambiente, el misterio, y al examinar las banderas, exclamó:

—Son las banderas que mi padre, Ziyad, conquistó...

—¿Las conocéis?

—Sí. Las banderas árabes del pueblo contra el que luchó mi padre. Es lo único que conservo de él, porque fue lo único que mi madre se trajo cuando le abandonó.

—Pues estas banderas —dijo ella— un día ondearán en Toledo y en todas las tierras de Hispania.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo asistí oculta a las reuniones de los conjurados, en las estancias de Floriana. Ellos buscaban esta cueva, que es la cueva de Hércules, vedada para cualquier ser humano. Vos y yo la hemos encontrado pero parece ser que antes de nosotros vino alguien y la ha abierto. La leyenda afirma que el que abra esta cámara atraerá sobre sí y los suyos todo tipo de males.

La miró desconcertado, él había escuchado también aquellos relatos que circulaban por Toledo, pero le habían parecido patrañas, cuentos de comadres.

Ella prosiguió:

—Por Toledo, siempre ha circulado una leyenda que he escuchado en multitud de ocasiones. La leyenda cuenta que los que construyeron este lugar lanzaron una maldición sobre el hombre que osase profanarlo, el hombre que rompiese las cadenas sería entregado a sus enemigos. Dentro del cofre, están las banderas del vencedor. Roderik ha tentado a la fortuna, por eso el destino se cebará en él y posiblemente en nosotros.

Los ojos de Alodia brillaban, sobrecogida por un temor supersticioso. Mientras, el joven godo miró hacia las riquezas que le rodeaban... Pensó que si Roderik, un hombre avaro y codicioso, había estado allí, habría querido llevarse las riquezas, pero no había señales de que se hubiese sustraído nada. El tesoro permanecía allí, al parecer, indemne. Algo había asustado al rey o a los que hubieran abierto aquella cueva. ¿Por qué —quienquiera que hubiera abierto la cámara— no se había llevado las joyas, el oro, las piedras preciosas y las riquezas de aquel lugar?

Alodia y Atanarik se miraron comprendiendo ambos que en la estancia había algo siniestro.

En el fondo de la cueva, rodeando al tesoro, había restos humanos: un cráneo, unas tibias, y otros huesos... Más allá un cadáver en descomposición agarraba con fuerza una corona de oro, y otro, casi consumido, así una espada. De allí procedía la pestilencia que saturaba la cueva.

Atanarik dirigió la vista en derredor suyo, en el suelo yacía un objeto, una espada con el pomo en forma de serpiente. Se inclinó pero no llegó a rozarlo; en ese momento, se escuchó un ruido sibilante. Atanarik se alzó y todo quedó de nuevo en silencio.

—¡No debemos tocar nada! Hay una maldición ligada al tesoro —dijo la sierva—. ¿Veis los cadáveres? Cada uno de ellos parece haber tomado un objeto valioso.

Alodia y Atanarik advirtieron de algún modo el horror unido a aquellos objetos hermosos, intuyeron el peligro de aquel lugar mágico. Al fin, reaccionaron y, superando la repugnancia que les producía la cámara, salieron de allí; de prisa, sin tocar nada, sin volver la vista atrás.

Bordearon el lago y alcanzaron el túnel que parecía ascender. Alodia caminaba delante, dejándose llevar por la intuición. Los angostos pasillos en algún momento se agrandaron para después volver a estrecharse. Olía a cerrado, a humedad, además seguía percibiéndose aquella pestilencia, a materia muerta y a corrupción. Ahora ascendían continuamente, la salida sólo podía estar más arriba.

Al fin consiguieron abandonar los túneles accediendo a la parte más alta que comunicaba con los pasadizos utilizados por los criados para dirigirse de un lado a otro del palacio. La joven sierva ahora conocía bien aquellos recovecos.

Atanarik, mientras la seguía, recordó cómo la había encontrado, al borde de un camino que cruzaba un robledal, bajo las montañas pirenaicas. Fue ella quien detuvo a la patrulla que el joven gardingo dirigía, solicitando amparo a los guerreros visigodos. Atanarik la apresó e interrogó, sin llegar a entender bien lo que ella le contaba, porque su historia era confusa. Al regreso a la corte, se la entregó a Floriana y Alodia durante varios años formó parte de la servidumbre de la goda.

Floriana alguna vez se había reído diciéndole a Atanarik que la sierva que le había regalado era una bruja, que preparaba todo tipo de remedios: pociones para clarear el cabello, para blanquear las ropas, para hacer dormir o calmar unos nervios alterados. La montañesa se ahogaba en el palacio, y cuando terminaba el trabajo cotidiano, se escapaba a los campos que rodeaban la urbe; pero, al oca-so, las puertas de la ciudad se cerraban. Por eso, Alodia había aprendido a sortear a la guardia a través de los pasadizos que horadaban la montaña sobre la ciudad del Tagus. Sin embargo, la sierva nunca se había atrevido a penetrar en la parte más profunda de los túneles, los que conducían a la cueva de Hércules, un hedor extraño, la sensación de que había algo maligno en el fondo de aquel laberinto, siempre la había detenido. Sólo ahora cuando los soldados les habían perseguido, para salvar a Atanarik, se había introducido en aquel lugar que parecía maldito.

Gracias a su conocimiento de los pasadizos, Alodia era capaz de guiar a Atanarik. Ahora buscaba una salida. La criada le susurró que no se hallaban lejos de las estancias reales. Oyeron risas y voces de mujeres. Siguieron más adelante y llegaron a un lugar en el que el túnel parecía acabar; un callejón sin salida. Alodia iluminó el frente, en la pared toda de piedra se podía entrever el vano de una puerta cubierto por una tela de estameña, la apartó, y entraron en una sala de piedra, grande, iluminada con una antorcha de luz mortecina; en el centro, un lecho cubierto con brocado, tapices en las paredes, armarios grandes de madera rodeaban la sala. En una jama, una capa y vestiduras de hombre.

Junto al lecho, tirado en el suelo, un cadáver, de espaldas, el hombre no había muerto mucho tiempo atrás, porque no estaba todavía en estado de descomposición. Era un hombre joven, cubierto con la capa que solían llevar los hombres de la guardia. Atanarik volvió el cadáver, al verle la cara exclamó:

—¡Gránista!

—¿Le conocéis?

—Sí, es de la guardia, guerreamos juntos en la campaña contra los vascones. Éramos amigos...

A Alodia le pareció que los rasgos de aquel hombre le eran familiares. Atanarik lo examinó detenidamente, había sido apuñalado poco tiempo atrás. En el ambiente se percibía algo peligroso, como si les rodease un conjuro, una magia antigua y amenazadora.

—¡Vayámonos...! Ésta es una noche de crímenes, una noche de maldad. Quienquiera que hubiese matado a Gránista puede no estar lejos.

Salieron de la cámara y se encontraron en uno de los pasillos del palacio, muy cerca de las estancias de Roderik. Se detuvieron en una esquina, escuchando, se oían las voces de los soldados de la guardia: hablaban de Atanarik, le nombraban como el asesino de una noble dama, también comentaban de una sierva que había huido, que había ayudado al homicida.

—Alguien os ha denunciado —dijo ella—, alguien que conocía que visitabais ocultamente a mi ama...

Se deslizaron evitando hacer ruido porque tras las paredes estaban las estancias reales, Alodia las conocía, pero dominaba aún mejor los pasillos por los que transitaban los criados, corredores ocultos por donde se subían los alimentos y se retiraban los desperdicios. Fuera era de noche. Los corredores se hallaban vacíos. Se alejaron de las estancias reales. Atravesaron un lugar que se reconocía por el olor a estofados y potajes. Alodia entró por una portezuela; al fondo, el horno iluminaba tenuemente la estancia vacía en la noche. En aquel lugar, donde ella, una sierva en las dependencias de las cocinas del palacio, había fregado hasta sangrarle las manos, o se había quemado en los fogones. Mientras la perseguían y huía, pensó que quizá no volvería a ocuparse de aquellas tareas, a ella también la habían implicado en el crimen. Por una de las puertas, que comunicaban con los patios, salieron al exterior. Se encontraron con dos soldados que les buscaban.

Uno de ellos apresó a Alodia; mientras la joven sierva se defendía, Atanarik desenvainó la espada, y se enfrentó al otro. Cruzaron varias veces las espadas hasta que Atanarik, de un mandoble, le cercenó el cuello. Una vez libre, se enfrentó al que había atrapado a Alodia. Le golpeó la cabeza con la espada. El soldado de la guardia

se desplomó al suelo inconsciente, cayendo sobre la sierva. Atanarik retiró el cuerpo del soldado y ayudó a Alodia a ponerse en pie. Ella temblaba, el gardingo le puso la mano en el hombro, como para darle ánimo. Se dirigieron hacia la muralla del recinto palaciego. Un portillo oculto entre ramas, les impidió el paso. Alodia intentó abrir la cerradura herrumbrosa pero no fue capaz de hacerlo, arriba se escuchaban las voces de la guardia que se acercaba. Apartando a la sierva, con un hábil movimiento de su cuchillo de monte, Atanarik hizo saltar la cerradura. Fuera, en las calles de la urbe regia, la intensa niebla difuminaba las luces de las antorchas en la oscuridad de la noche.

«La niebla... —pensó Atanarik—. Todo lo tapa, cubre la ciudad, tapa el crimen.»

En el país del Sol Poniente

Las dunas suben y bajan a la par del paso de los camellos. El godo y los hombres que Altahay le ha facilitado han atravesado las montañas, las altiplanicies de piedra y las dunas arenosas que forman las tierras del Sahara Occidental. A intervalos, en medio de tanta aridez, encuentran algunos oasis con agua. El calor sofocante va seguido a veces de frío intenso. Tormentas de vientos huracanados, cargadas de polvo y arena, de cuando en cuando, barren el terreno, arrastrando todo cuanto no esté sólidamente sujeto al suelo, secando toda vegetación. A menudo, en los largos períodos de calma absoluta, el aire no se mueve y un calor inconmensurable les rodea.

El camino se ha hecho duro, los hombres, incluso aquellos más avezados al desierto, han dudado en proseguir, pero Atanarik ha sabido empujar a los cansados, sostener a los vacilantes, animar a los abatidos. Posee una fuerza interior que le hace capitán de hombres, porque es capaz de resistir ante la adversidad sin quejarse, de exponerse al peligro sin miedo, arrastrando tras de sí a los que le acompañan. Quizás el esfuerzo largamente mantenido de una vida difícil le ha hecho fuerte; quizá su juventud le hace inconsciente; quizás el afán de venganza le impide detenerse en su fatiga, él no piensa en sí mismo, un único objetivo le guía, vengarse y derrocar al tirano.

Al mismo tiempo, en su camino hacia el reino Hausa, va conociendo a los hombres que le siguen. Pastores de las altiplanicies del Atlas, mercenarios que han combatido en un lugar u otro, camelleros y guías de caravanas, hombres que un día se unieron al noble

Altahay y ahora él les ha cedido. Tras días de marcha le siguen sin flaquear, quizá porque intuyen que aquel hombre de ojos ardientes y piel clara, dorada por el sol del desierto, les puede conducir hacia un porvenir mejor.

Durante el viaje, Kenan, el guía, se ha confiado al godo.

—Aunque he sido esclavo, mi linaje es noble —le confiesa con orgullo— desciendo del héroe Bayajidda, quien llegó a la tierra de los Hausa, muchos siglos atrás. Dicen las leyendas que mi antepasado poseía un cuchillo con poderes sobrenaturales, con él liberó a los hombres del pueblo Hausa del poder maléfico de una serpiente sagrada. De Bayajidda descienden los reyes de las siete tribus Hausa. Yo pertenezco al linaje del héroe, de mi familia han salido siempre los reyes de la tribu Daura, la primera y más insignie de todas las tribus...

Kenan se detiene, en su rostro de rasgos un tanto leoninos, de nariz chata y fuerte mandíbula, se observa una expresión melancólica. Atanarik le anima con la mirada a que siga hablando.

—Hace años, hubo una guerra, Sarki-i,⁷ el jefe de uno de los clanes rivales, conquistó uno a uno los siete reinos Hausa. Por último, atacó a los Daura, mi pueblo, y nos venció. Los Daura hemos sido siempre un pueblo pacífico que ha vivido de avituallar a las caravanas y del control de los pozos de agua, pero Sarki-i, el usurpador, nos convirtió en traficantes de esclavos. Sarki-i es un avariento que idolatra el oro, lo consigue vendiendo incluso a los hombres, mujeres y niños de su propia tribu. Es un hombre sádico, un asesino y un caníbal, que disfruta con el sufrimiento y come carne humana...

El hombre de piel oscura se detiene unos instantes, cierra los ojos como para echar lejos de sí los horrores del gobierno del tirano. Tras un instante, prosigue contando su historia.

—Después de la guerra, cuando era poco más que un niño, fui vendido como esclavo —ahora Kenan se expresa con tristeza— a pesar de pertenecer a una familia noble, la más noble entre los Daura. Altahay fue quien me compró, siempre me ha tratado bien y durante años le he servido fielmente. Un día le salvé la vida... en agradecimiento me liberó y me instó a que le pidiese cualquier cosa, lo que más deseara, que me lo concedería. Le solicité que me

7. Sarki-i quiere decir jefe en lengua Hausa.

ayudase a derrocar a Sarki-i. Altahay ha tardado un tiempo en cumplir lo prometido, pero al fin lo ha hecho. El jeque bereber es astuto, a la vez que cumple lo que me prometió, os pone a prueba. Sí, creo que Altahay desea probaros... Sabe que si sois hijo de quien decís ser, os debe obediencia, pero antes pretende asegurarse de sí, además de la sangre de Ziyad, corren por vuestras venas el espíritu y la fuerza de vuestra familia. Estamos unidos por la misma empresa. Si vencemos en la revuelta, yo recuperaré mi reino, y vos tendréis tropas para libraros del tirano que oprime a vuestro pueblo. Si perdemos, Altahay no pierde nada, ha cumplido las promesas para conmigo, y sabrá que vos no tendréis la valía de la raza de Kusaïla; quizás incluso muráis en la batalla....

Al escuchar su historia, Atanarik entiende que Kenan y él comparten algo similar, los dos buscan la venganza contra un tirano. De aquella empresa depende su porvenir, y el futuro de la embajada que le ha llevado a África, por eso le contesta:

—Necesito levar un gran número de tropas, sólo mi padre Ziyad puede conseguir el gran ejército que yo y los que me aguardan en Hispania necesitamos. Pero para lograr llegar hasta él, para cruzar la peligrosa cordillera del Atlas, es preciso que me proteja una escolta mayor de la que llevo, guerreros decididos, firmes en la lucha y, sobre todo, que me sean fieles...

—Si vencemos os ayudaré —le dice Kenan—. Tendréis en mí un aliado leal.

El hombre de piel oscura es ahora su amigo y Atanarik nunca abandona a un amigo. Años atrás, siendo un joven espathario real, sintió la soledad y el desprecio en las Escuelas Palatinas de Toledo. Su aspecto extranjero hizo que no le fuese fácil granjearse la confianza de aquellos nobles altivos que acudían a educarse en la corte, para medrar como gardingos reales. En aquel tiempo, Atanarik tuvo pocos amigos, pero a éstos los apreció mucho y los ha conservado siempre.

Kenan avanza delante de él. De pronto, el rostro oscuro del antiguo esclavo se ilumina con una sonrisa que muestra la dentadura blanca e incompleta; en la lejanía, ha logrado distinguir los muros de una ciudad de barro, la ciudad que le vio nacer, la capital del antiguo reino Hausa. Detrás, las palmeras del oasis sobre el que se asienta la ciudad, un sitio de paso para las caravanas.

Encuentran una senda que se desdibuja tras ellos en el desierto,

y termina delante, en las puertas de la ciudad. El asentamiento, circundado por una muralla de adobe y cercado por multitud de torres, constituye un alto en el paso de las caravanas, una pequeña urbe sobre el único lugar donde hay agua en muchas millas a la redonda.

El desierto lo rodea todo.

Antes de entrar en la ciudad deben entregar un tributo, tras pagarlo solicitan ser recibidos por Sarki-i. En las calles, las gentes se congregan a ver al guerrero del Norte, el de cabellos castaños, el de la mirada verde oliva. Kenan se oculta discretamente, intenta mimetizarse entre los guerreros que acompañan a Atanarik para que nadie le identifique, para que no le descubran ante la guardia de Sarki-i. Sin embargo, no hay peligro; el paso del tiempo ha transformado a Kenan de un mozalbete en un hombre maduro que, cubierto por las ropas y velos de los bereberes, difícilmente va a ser reconocido.

Una vez cruzada la muralla, se adentran a través de calles de casas blancas, encaladas, de un solo piso, con un escalón en la entrada. Algunas están decoradas con dibujos sobre la pared en tonos azul chillón y rojo. La ciudad, poco más que un poblado, es un entramado de calles que conducen hacia la plaza principal donde se alza una edificación blanca, ligeramente más alta que el resto. Los ojos de Kenan brillan iluminando su cara oscura, al reconocer las gentes, las casas, las calles del lugar que le vio nacer.

Dentro de la casa principal, les espera el reyezuelo, sentado en un estrado más elevado, con esteras y almohadones, cubiertos por pieles de leopardo y de pantera. No muy lejos se escuchan los rugidos de unas fieras, sobresaltando a los hombres que acompañan al godo.

Atanarik le habla con palabras que deben ser traducidas por un intérprete, solicita su ayuda para atravesar el Atlas. Necesita mercenarios, pero también que se les permita pasar hacia el lugar donde se oculta Ziyad. Sarki-i le escucha atentamente, al fin responde con sagacidad:

—Los Hausa somos un pueblo numeroso, nuestras mujeres son fértiles y tenemos muchos hijos; pero la ciudad no puede crecer ya más porque no hay agua; nuestros hijos lucharán a vuestro

lado. Tenemos también esclavos que pueden combatir a vuestras órdenes. Os cedemos los hombres que desees. A cambio queremos oro.

—Lo tendréis.

El reyezuelo se levanta cuando le traducen estas palabras, después se acerca a Atanarik en actitud de súplica. De una faltriquera, el godo extrae unas monedas de oro. Sarki-i sonríe de modo servil, se inclina una y otra vez ante ellos. Después llama a su guardia para que acomoden a los recién llegados. Tras las cortinas que rodean el asiento del jefe Hausa, irrumpen unos hombres fuertes con túnicas blancas ceñidas por un amplio cinturón de cuero de donde cuelga un enorme puñal.

Conducen a Atanarik y a los que le acompañan a una vivienda cercana al lugar donde habita el jeque. Una casa pequeña con un patio más grande en medio y rodeada por otras pequeñas cabañas para la servidumbre. Allí se refrescan y comen un potaje insípido. Kenan está nervioso. Atanarik le tranquiliza.

Al mediodía, la guardia de Sarki-i vuelve a buscarlos, les dicen que la mercancía está preparada, que el señor de los Hausa les espera. Recorren patios blancos inundados por la brillante luz africana hasta llegar a una plazuela más grande, donde los aguarda el jeque. Allí se aglomeran gran cantidad de hombres jóvenes, muy delgados, con aspecto famélico, atados con cuerdas. Algunos de ellos llevan las marcas de la esclavitud. Atanarik se dirige a Kenan en voz baja, susurrando: «¿Éstos son los guerreros que el jeque quiere darme? ¿Estos esclavos escualidos...?» Kenan le responde afirmativamente con la cabeza, mientras en lengua bereber, la que Atanarik farfulla desde niño, y que el jeque ignora, le explica: «Son los hombres de mi pueblo, a los que el tirano oprime...»

Atanarik se hace traducir:

—Esos hombres hambrientos no son lo que busco.

El dirigente de los Hausa le responde ofendido unas palabras que Kenan traduce:

—¡Son hombres muy valientes...! ¡Luchan bien!

Baja del estrado, dirigiéndose hacia los esclavos, y les va abriendo los dientes, palpando los músculos, mientras le dice en su idioma:

—Fuertes, hombres muy fuertes...

Atanarik lo observa ceñudo, mientras Sarki-i insiste:

—Buenos guerreros, buenos. ¡Tócalos! Escoge los que quieras.

Tienes tiempo. Regalo éste, los otros una moneda de oro por cada uno. Toma los que quieras, se irán contigo.

Con un gesto le anima para que sin prisa escoja los hombres que él desee.

—Yo volver; después, tú pagar.

El reyezuelo se va haciendo reverencias y aspavientos a su cliente, atravesando un vano en el patio, que no tiene puerta sino una cortina de vivos colores.

Cuando se ha ido, Kenan le va señalando a los hombres que él conoce, los que él sabe que le ayudarán.

—Éste, éste y este otro... Son buenos guerreros. Amigos míos desde la infancia, hombres leales. Os ruego que les concedáis la libertad, se unirán a vos, y después a mi causa.

Atanarik ordena que les suelten las ataduras y pide que los alojen en el patio de la casa donde él vive. Kenan se inclina ante Atanarik, agradecido, después se dirige al grupo, hablándoles en su lengua muy rápidamente. Los hombres de piel oscura sonríen al joven godo. Atanarik observa su alegría explosiva, algo infantil, que se manifiesta en llantos y sonrisas blancas sobre la piel negra.

Los guardias conducen al godo a la vivienda donde se aloja. Más tarde, Kenan se reúne con él, mientras van llegando guerreros de la ciudad. Se ha corrido la noticia de su regreso entre los disidentes al régimen de Sarki-i. Les explican los atropellos y abusos a los que están siendo sometidos por el reyezuelo. Kenan les anuncia que el hombre del Norte va a ayudarles. Le miran como a un dios reencarnado, abriendo los ojos con esperanza. Tras unos breves momentos de júbilo, Atanarik les interrumpe pidiéndoles que le informen sobre la organización de la ciudad. Le explican cómo se distribuye la guardia del jeque, cuáles son las defensas de la fortaleza en la que se recluye, de qué armas y de qué gente dispone.

Así se informa de que Sarki-i se rodea de mercenarios que montan guardia alrededor de su morada, hombres aguerridos y salvajes, sin escrúpulos, entrenados para matar. Están armados con espadas, escudos y lanzas. En lo alto de la mansión del jeque, unos arqueros vigilan continuamente las estrechas callejas que rodean la casa. Dentro en los patios interiores, hay leones que actúan como cancerberos impidiendo que nadie pueda acercarse a Sarki-i. A la menor señal de peligro les abrirán las jaulas para que se enfrenten a cualquier agresor.

Los hombres afines a Kenan muestran su horror al relatar todo ello, con gestos expresivos de las manos y muecas en la cara que denotan su pánico ante el tirano.

El desánimo cunde entre los conjurados.

En medio de la algarabía, Atanarik comienza a hablar suavemente. No grita, ni se excita, metódicamente va trazando un plan. Deben envenenar a las fieras.

—¿No hay en la casa del tirano alguien de confianza? —les pregunta.

Uno de los guerreros le contesta que alguna de las mujeres del jeque le odia tanto que será capaz de hacer lo que sea por librarse de él. Atanarik asiente a esta sugerencia, después sigue desarrollando el plan. Cuando las fieras hayan muerto, habrá que atacar a los arqueros que custodian las torres sin levantar sospechas, entrando con sigilo en las garitas de guardia. Un hombre pequeño y ágil de vientre prominente se brinda a hacerlo con algunos guerreros más de su familia. Después, Atanarik les propone que deberán producir revueltas e incendios en distintos puntos de la ciudad, para dispersar a la guardia haciendo que la morada del tirano quede indefensa. Ése es el momento en el que Kenan, los bereberes de Altahay y él mismo deben aprovechar para invadir la casa del tirano. La señal de un cuerno en la noche será la que dé comienzo a esta última acción.

Los opositores a Sarki-i se sienten, ahora, inundados por la confianza que transmite Atanarik, por su voz cálida y llena de afabilidad. El plan está bien trazado y es posible de realizar. Es verdad que no están bien armados, que ninguno de ellos es un guerrero, pero cuentan con una gran superioridad numérica; en la pequeña ciudad del desierto hay multitud de opositores al tirano, incluso dentro de la propia casa del reyezuelo hay personas que le odian, que colaborarán sin dudar. Los conjurados se despiden de Atanarik y de Kenan, dispersándose por la ciudad. Reunirán a todos los que quieran derrocarlo. Cuando todo esté dispuesto, esperarán a escuchar la señal para asaltar las estancias reales.

Aquella noche el godo no puede dormir. Atanarik piensa que si vence a su enemigo, Kenan le ayudará, pero si pierde, el reyezuelo Hausa se dará cuenta de que él, Atanarik, le ha llevado al enemigo a casa y no tendrá compasión. Durante el viaje, Kenan le ha referido las torturas y suplicios que el tirano aplica a sus víctimas, cuan-

do desea vengarse. Les provoca tal dolor que los hombres llegan a desear la muerte para acabar antes con el sufrimiento. Transcurren lentas las horas de una noche de plenilunio, por la ventana brilla el astro de la noche. Al fin, la luna comienza a borrarse del horizonte con las luces del alba, cuando Atanarik escucha gritos y voces. Los hombres Hausa han iniciado la revuelta. Después, se escucha la señal, y el godo se dirige adonde los bereberes de Altahay descansan, ordenándoles que se levanten. Le son fieles y saben lo que tienen que hacer. Le siguen en dirección a la morada de Sarki-i.

En las calles corre una marea de sangre, que se va extendiendo por todas las calles, por las plazas, casa a casa. La lucha es desigual. Los compañeros del guía de piel oscura van armados con cuchillos y paños. Los del reyezuelo local, con lanzas y espadas. A los hombres de Kenan, y a los opositores a Sarki-i, pronto se suman mujeres y hasta los niños de la ciudad. Las mujeres atacan con agua hirviendo que arrojan desde la parte superior de las casas y de los tejados a los distintos piquetes de soldados que se distribuyen por los cuatro puntos de la ciudad. Poco a poco, la revolución callejera va avanzando hacia la casa del reyezuelo. Al fin, una multitud rodea la morada del tirano.

Allí, Atanarik y sus hombres se enfrentan a los guerreros de la casa del jeque y consiguen abatir a la escasa guardia que ha quedado. Dentro de la mansión, el godo divisa a su guía, el negro Kenan que avanza hacia el interior, hacia las dependencias del tirano. Le asaltan varios hombres y le cuesta defenderse. Atanarik acude a respaldarle. Un negro de gran tamaño y un mestizo de piel más clara arremeten contra él. Atanarik se interpone. Kenan esboza una mueca de alivio al verse socorrido. El godo atraviesa a uno de los atacantes por el vientre, al otro le hiere en la cabeza.

El joven godo se introduce aún más en las estancias del reyezuelo. Las fieras, tan temidas, las que le han protegido y atemorizado a los visitantes, han muerto envenenadas. En el interior del palacio sólo hay silencio. Con Kenan llega a las piezas que habitó el jeque, en un lecho hay un cadáver, al que sobrevuelan las moscas. El reyezuelo ha muerto. Nunca sabrán si decidió por sí mismo poner fin a sus días, o si alguna de sus mujeres le asesinó. Ha muerto atravesado por un cuchillo, de mango dorado en forma de serpiente. Kenan se lo arranca del pecho. Con reverencia, lo eleva hacia el cielo mientras pronuncia gritando algunas palabras en su lengua.

Atanarik sólo entiende el nombre de Bayajidda, el héroe fundador de su raza y su familia. Adivina que aquel cuchillo es el puñal que mató a la serpiente y debe ser algo sagrado para los Hausa.

El godo y Kenan se retiran de aquel lugar, encaminándose hacia la plaza. Atanarik se pierde entre la multitud. Kenan desde la puerta, habla a los habitantes de la ciudad. Les comunica que el tirano ha muerto. Todos gritan. Después, pronuncia unas palabras y se hace el silencio; Kenan eleva el sagrado cuchillo de Bayajidda ante ellos. Un ruido ensordecedor, de alegría, inunda la plaza. Los hombres alzan a Kenan sobre un pavés; las aclamaciones se hacen constantes y más fuertes, cada vez en un tono más agudo y elevado. Desde un rincón de la plaza apoyado en el dintel de una puerta de una casa de barro y adobe, Atanarik observa satisfecho la escena. Se alegra del triunfo de su amigo.

Durante tres días, la ciudad celebra las fiestas de la victoria. El godo se une a la alegría generalizada. De las tribus vecinas, llegan mensajeros que se congratulan de la muerte del tirano. En la mañana del tercer día, Kenan convoca a Atanarik a lo que antes era la morada del reyezuelo local.

—Me habéis ayudado y os estaré por siempre agradecido. ¿Qué es lo que deseáis de mí?

—Necesito encontrar a mi padre Ziyad, os solicito hombres que me ayuden a cruzar el Atlas... —le contesta el godo.

—Os proporcionaré los mejores guerreros del reino Hausa; ellos os guiarán, conocen bien el lugar donde se oculta Ziyad. Después, cuando volváis al reino que gobierna el tirano, el reino más allá del mar, yo mismo os ayudaré, lucharé a vuestro lado. Me obliga un deber de reconocimiento y gratitud. Antes, debo recomponer a mis gentes, deshacer la obra de Sarki-i, después me uniré a vos. ¿Cuándo deseáis partir hacia las tierras que gobierna vuestro padre?

—Lo más pronto posible.

Kenan se pone serio, le advierte con preocupación:

—No podéis ir todavía. Debéis aguardar. Se avecina el khamaseen. Nadie podrá salir de la ciudad en los próximos días.

Así ocurre, el khamaseen, un caluroso y polvoriento viento del desierto, fustiga las tierras Hausa y lo detiene todo.

Atanarik lo oye llegar aquella noche, desde su lecho. Le despierta como un canto desencadenado por el viento que azota las

palmeras de la ribera del oasis, junto a la ciudad. Con el viento llegan las tormentas de arena, que aparecen de manera inesperada, transformando el paisaje, que pierde definición, se opacifica, se desdibuja, se agita y arremolina, se torna sepia. Los caminos del desierto se han cerrado.

Atanarik se pregunta cómo es posible que los habitantes de esta ciudad sobrevivan, año tras año, a unos vientos que todo lo arrastran. Los tejados se cubren de ramillas, telas, comida y enseres viejos, de todo lo que tan celosamente guardan las casas de la ciudad.

El aire, pesado y caliente, alborota y levanta el polvo, zarandea las palmeras. La vida se detiene. Pasan los días, y al fin, muy gradualmente, el viento va amainando.

Atanarik reposa en sus aposentos, que están incomunicados por la tormenta. Oye el ruido del viento y recuerda el pasado.

El pasado es para él Floriana.

¡Qué poco la ha conocido!

Él, Atanarik, había crecido en Septa, en la ciudad que Olbán regía. El gobernador de la Tingitana era un hombre singular, muy callado, adorador del sol y supersticioso. Cuando años atrás, Uqba, el árabe, cercó Tingis, no le importó entregar a aquella dama, su ahijada, al conquistador árabe. Después, cuando Benilde regresó esperando un hijo, Olbán lo crio en su corte.

Olbán tenía una hija de quien no se conocía la madre; una hija muy hermosa, sabia e instruida, se llamaba Floriana. La joven, unos cinco o seis años mayor que Atanarik, le había cuidado desde niño; le había consolado después de la muerte de su madre. Durante su infancia y primera adolescencia, Floriana lo había sido todo para él.

Ahora estaba muerta.

Al llegar los años en los que los hombres se entrenan para la guerra, Olbán envió a Atanarik a Toledo a las Escuelas Palatinas. Allí se formó como soldado, futuro espathario del rey. Llegó a ser gardingo real, y se le destinó a diversos frentes, contra los francos, después a someter a los cántabros y a los vascones siempre levantiscos. Cuando regresó de una de esas campañas, Atanarik se reencontró en la corte de Toledo a la hija de Olbán. Al reconocerse de nuevo, el tiempo de la infancia afloró y el amor surgió en el corazón de Atanarik con fuerza.

En aquel tiempo, a Floriana la rondaba una corte de admirado-

res. Él se sumó a ellos. En un principio, ella se alegró infinitamente al verle y se comenzaron a ver con frecuencia en secreto. Sin embargo, cuando él comenzó a cortejarla públicamente, ella le rechazó. Atanarik llegó a sentirse humillado por Floriana. Él desconocía la causa del rechazo. Ahora sabía que lo que quiera que fuese que ocultaba la hija de Olbán era muy peligroso, tan peligroso que la había conducido a la muerte. Atanarik, despechado por su desprecio, solicitó ser enviado de nuevo a la frontera del Norte. Fue en aquel tiempo, en el que luchaba contra los vascones, cuando al borde de un camino encontró a una extraña doncella, Alodia, de cabello ceniza y grandes ojos claros, que les pidió protección. A su regreso a Toledo, él se la entregó a Floriana.

Recordó la actitud de su prima cuando él regresó del Norte y le entregó la sierva. El rostro, al verle, se llenó de fuego y una dulce sonrisa cruzó su cara. Floriana no miraba a la esclava, le miraba sólo a él; y Atanarik se llenó de la luz cálida de aquellos ojos garzos. Al momento, ella percibió que no estaban solos, que les rodeaban los hombres que habían acompañado a Atanarik a la campaña del Norte, algunos de ellos afectos al rey Roderik. Entonces, el rostro de Floriana cambió.

En los meses siguientes, ella se resistía y a menudo le evitaba, pero al mismo tiempo le buscaba y le mandaba llamar por motivos nimios. Alodia era la mensajera entre ambos, Atanarik parecía no ver a la criada, su corazón era sólo para Floriana, quien en público continuó siendo fría con él. Sin embargo, Atanarik no cejó en su empeño, hasta que un día la hija de Olbán cedió ante su insistencia. Comenzaron a verse una noche tras otra. Atanarik trepaba a través de las ventanas que accedían a las estancias de la dama y se entregaban el uno al otro: él, con la pasión del primer amor; ella, con el amor maduro de la mujer experimentada. No había pasado un mes, cuando ella, su hermana, su amor de juventud, había sido asesinada. ¿Por qué?

En el tiempo que pasaron juntos en Toledo, él nunca sospechó que hubiese algo oscuro, una conjura tras ella. Por el contrario, cuando Atanarik intentaba hablarle de los sucesos de la corte, de las polémicas entre los nobles, ella movía su cabellera oscura y reía: «Vivamos el ahora, amor mío, olvidemos las guerras y las luchas, olvidemos las intrigas de palacio.» Recordaba que ella alguna vez le dijo: «Sólo tú me importas, sólo tu amor es limpio en mi vida.» Era

como si Floriana quisiera preservar un oasis de paz con él en medio del mundo corrompido de la corte toledana.

Sin embargo, en la última época, ahora él se da cuenta, ella quiso revelarle algo, algo que nunca llegó a decirle. Sí. En los últimos días antes del crimen, ella se mostró distinta. Ahora, Atanarik ataba cabos y comenzó a recordar que había algo misterioso en Floriana, en vísperas del asesinato.

En la corte se celebraban unos juegos en los que los espatharios reales competían entre sí por un trofeo y por el honor de ser vencedores.

Él había luchado y había vencido. El ganador del combate debía conceder el premio a una dama. Atanarik quería dárselo a Floriana. Cuando se acercó a la grada, ella había desaparecido. No entendía el porqué. Entregó el trofeo a la reina Egilo, la esposa de Roderik.

Aquella noche, Atanarik se dirigió a los aposentos de la que amaba, la encontró muy nerviosa.

Sin dejarle hablar, ella le dijo:

—No debes exponerte así.

—¿A qué?

—Es peligroso que se sepa, que se descubra que hay algo entre tú y yo...

—No te entiendo, Floriana.

—Me entenderías, si...

Ella calló asustada por lo que le iba a tener que decir, él se enfadó:

—¡Te entendería si te explicases...!

—No puedo. Es peligroso. Confía en mí, que te amo más que a mi vida.

No pudo obtener otras aclaraciones de ella.

Muchas veces ha dado vueltas en su cabeza al misterio que se escondía en las palabras de su amiga de la infancia. Ahora Floriana había muerto y nunca había llegado a saber aquello que ella le ocultaba. Debía vengarla. Sí. Debía cambiar el orden establecido en el mundo de los godos, un orden injusto en el que reinaba un asesino.

Afuera, el khamaseen silba, con un sonido agudo y penetrante, como una serpiente de odio y de horror que quiere introducirse en la cabeza del guerrero visigodo.

El judío

Atanarik recorre las montañas del Aurés, no tan grandiosas como el resto del Atlas más cercano a la costa atlántica, pero más imponente que el Tell Atlas costero. La cordillera limita con el desierto del Sahara. A lo lejos, el pico más alto, el Yebel Chélia, parece rozar las nubes. Desde antiguo, el Aurés ha servido de refugio a las tribus bereberes, formando una base de resistencia contra el antiguo Imperio romano, los vándalos, bizantinos y los árabes. La región es pobre, las tribus de las montañas, los Shawia, practican la trashumancia; en verano suben con el ganado a la cordillera, pero en invierno deben trasladar su cabaña ganadera hacia áreas más templadas donde viven en tiendas e infraviviendas para pasar el invierno con las reses. Los guerreros de Atanarik atraviesan ahora unas zonas donde los campesinos del Aurés cultivan el sorgo y otros vegetales en amplias terrazas labradas por ellos mismos. Algunos se les unen al conocer que se dirigen a una campaña guerrera para conquistar las regiones allende el mar, la nación que se extiende ante las costas de la Tingitana.

Los hombres de Kenan, negros como la pez, van delante, detrás los bereberes de Altahay. Atanarik busca sus raíces en las altas montañas del Atlas donde se oculta su padre. Un cielo grisáceo les cubre, ha llovido y en las montañas corren arroyos de agua clara. Han olvidado el calor del desierto. Un águila, volando en círculos, se eleva hacia las cumbres, quizás ha avistado una presa. La vegetación no es muy distinta a la de los Montes de Toledo, a la de las lejanas tierras de la Lusitania.

Un nuevo guía acompaña a Atanarik. En ese momento, Kenan recompone su reino, le ha prometido que más tarde le ayudará en la guerra. Se hace de noche, ahora suben por un terreno resbaladizo, con piedras y grava. El frío de la noche les rodea. Al fin, se resguardan tras una roca grande, que forma casi una cueva y encienden fuego.

Atanarik, observando indolentemente las llamas, retrocede al pasado, al momento en el que había conseguido escapar del palacio del rey Roderik y seguía a Alodia por las callejuelas de Toledo, cubiertas por la humedad de la madrugada.

—¿Adónde vamos? —le preguntó impaciente Atanarik.

—A un lugar seguro —respondió ella— donde nadie nos encontrará.

Alodia le guiaba con decisión por pasajes estrechos, que se entrecruzaban continuamente. Atanarik percibió que habían llegado a la aljama judía por las celosías que entretejían las rejas de las ventanas, formando estrellas de seis puntas. Al fin, en una portezuela pequeña, en medio de un muro blanco, se detuvieron. Alodia golpeó la puerta con un aldabón. Llamaba de una forma curiosa, dos golpes, se paraba, después tres, dos y volvía a llamar. Al cabo de un tiempo desde dentro le contestaron con un ritmo similar.

Unos criados abrieron la puerta y franquearon la entrada de una casa rica, amplia y de largos corredores. Sobre las puertas había inscripciones con letras mosaicas. Un silencio extraño todo lo colmaba. Descendieron por unas escalerillas hasta un sótano donde los introdujeron en un espacio de techo bajo, en el que, al fondo, brillaba un fuego. Les dejaron solos. Atanarik y Alodia no cruzaron una sola palabra. Los ojos de ella se fijaron una vez más en el gardingo real, que parecía no verla. Atanarik, nervioso, todavía conmocionado por lo ocurrido, daba vueltas de un lado a otro de la estancia, considerando la muerte de Floriana, sin poderse creer del todo lo que había sucedido. Al fin se dejó caer en un asiento de cuero y madera junto a la chimenea. Alodia se acurrucó junto al fuego, en el suelo, muy cerca de él.

Entró el dueño de la casa, un hombre con tirabuzones en las patillas y tocado por el kipás. Atanarik y Alodia se levantaron, después la sierva se inclinó ante él:

—Amo...

Atanarik se sorprendió de que ella honrase al israelita.

—Amo... han asesinado a Floriana.

—Nos han llegado noticias de su muerte.

El judío calló, en su rostro se expresaba una amarga tristeza.

—Sabréis que le han echado la culpa a un gardingo real —dijo Alodia—, que le han atribuido el crimen...

—Yo sé que no ha sido así, no me creo nada, nada que provenga de ese nido de víboras que es la corte del rey Roderik. ¡La han matado a ella, que era la mitad de mi alma!

Después, el judío se detuvo, observando al godo, preguntó a Alodia:

—¿A quien me traes?

—A Atanarik, gardingo real...

El dueño de la casa se dirigió a él, mirándole atentamente.

—Os buscan por un crimen...

—Que no cometí.

—Lo sé.

—Yo la amaba, no quería su muerte.

El judío le respondió con cierta dureza:

—Lo único que se ha difundido es que vos entrasteis en la cámara de la dama, y que ahora ella está muerta.

—Ya lo estaba cuando yo llegué.

—Sé que no la matasteis, pero nadie os creerá nunca, y el rey os condenará a muerte para exculpase del crimen.

Atanarik gritó lleno de ira:

—¿Ha sido Roderik? Si ha sido así, juro que le mataré.

El judío al ver su comportamiento exaltado, le aplaca con una expresión de tristeza; en la que, a la vez, se trasluce una cierta ironía. La ironía de un hombre que conoce más que otro, que está por encima de emociones desatadas.

—Calma, calma. Debéis vengar a Floriana, pero antes es importante que conozcáis algunas cosas.

—¿Quién sois?

—Me llamo Samuel, hijo de Solomon, hijo de Samuel, hijo a su vez de Solomon. Todo eso no os dice nada. Mi familia, la de Olbán y la vuestra están relacionadas desde muchas generaciones atrás. Mi bisabuelo sirvió a un príncipe godo llamado Hermenegildo, al quien al que su padre Leovigildo asesinó...

El gardingo real le interrumpió impaciente:

—Conozco la historia.

—No. No la conocéis por entero. Nadie la conoce más que mi familia. Por esa antigua historia es por la que Floriana ha muerto, es la historia por la que ella vino a la corte del rey godo.

—Nunca me contó nada.

—Ella no era lo que parecía, desde años atrás se dedicaba a un doble juego, una actividad peligrosa por la que ha muerto.

El joven godo apoyó la mano en la vaina de la espada, su rostro palideció y exclamó con tristeza:

—Ella intentaba decirme algo...

Sin tener en cuenta la interrupción, Samuel continuó su historia:

—Como bien sabéis, Floriana era la única hija del conde Olbán, un hombre de una antigua familia en la que se unieron godos de estirpe balinga y bizantinos de linaje imperial. Olbán gobierna la provincia Tingitana, en la ciudad de Septa. Pero habréis de conocer también que Floriana era mi nieta. Yo he comerciado por el Mediterráneo. Uno de mis contactos estaba en la región Tingitana; era el conde Olbán de Septa. Olbán conoció a mi hija Raquel y se unió a ella, pero sabéis que un cristiano no puede desposarse con una judía y menos aún puede hacerlo un hombre noble como lo es Olbán; aunque esa judía y su familia, es decir yo mismo, posea una de las fortunas más sólidas del Mediterráneo. Olbán siempre ha ocultado que... —se detuvo un instante para proseguir inmediatamente con amargura— Floriana fuera hija de una judía.

—Ella y yo nos criamos juntos; nunca me contó nada de todo esto —apostilló Atanarik.

Samuel habló con despecho:

—Sí... Para ellos, para los nobles godos y bizantinos, tratarse con un hebreo es una deshonra. Floriana no quería que se supiese que ella era mi nieta... —calló dolido un instante, después el judío prosiguió—: ¿No sabéis, entonces, el porqué de la venida de Floriana a la corte?

—Siempre supuse que era para educarse entre las damas de la corte: muchas jóvenes lo hacen así.

—Para eso y también por otro motivo. Floriana era una mujer especial, muy inteligente e instruida. Su padre confiaba enteramente en ella. En los últimos años del reinado de Witiza, se habían pro-

ducido varias revueltas nobiliarias, algo presagiaba el fin de la dinastía de Wamba, Egica y Witiza, y del grupo de poder que lideraban, los que ahora llamamos witizianos. La caída de esa dinastía sería la ruina para el señor de Septa. Por eso, él necesitaba alguien de entera confianza en la corte de Toledo. Olbán envió a su inteligente hija Floriana para averiguar lo que estaba sucediendo aquí y sostener los intereses de su padre. Cuando, en extrañas circunstancias, falleció Witiza y se proclamó rey a Roderik, ella se unió a la conjura iniciada por el partido witiziano para derrocarlo. El partido witiziano le propuso a Floriana que sedujese a Roderik y lo envenenase...

—¡No os creo! —gritó el godo—. Ella era una dama noble... incapaz de una traición así.

El judío continuó hablando, haciendo caso omiso a la intromisión.

—Pero estaba enamorada de vos y eso la perdió...

Se detuvo un instante. Atanarik, desbordado por el pesar de la pérdida, bajó la cabeza. Después, Samuel prosiguió:

—Roderik es uno más de los tiranos visigodos que han esclavizado a mi pueblo. Roderik es nieto de Chindaswintho, el rey cruel que masacró a muchos de los nobles godos... y condenó a un gran número de ellos al destierro. Un rey que persiguió a los judíos, desposeyéndoles de sus bienes.

—Toda esa historia la conozco bien porque ha marcado a la familia de mi madre —refiere Atanarik—. Chidaswintho fue quien confiscó gran parte de nuestro patrimonio.

El judío asintió ante aquellas palabras de Atanarik, y prosiguió hablando:

—Pero hay más. Floriana no sólo había venido aquí para conspirar en contra de Roderik y a favor de los intereses de su padre, mi nieta buscaba un objeto sagrado, una copa...

Atanarik se sorprendió, nunca había oído hablar de aquello:

—¿De qué habláis?

Samuel se detuvo un instante, quizá pensando en cómo explicarle a aquel godo, el secreto que había ligado a sus familias —la estirpe balthinga y a sus antepasados hebreos— desde generaciones atrás. Después continuó hablando lentamente, como si contase una antigua balada.

—Los reyes godos más poderosos, los que habían vencido a sus

enemigos, Leovigildo y Swinthila, utilizaban una reliquia sagrada, que otorgaba el poder al que la poseyese. Tanto en mi familia como en la de Olbán, se ha transmitido durante generaciones y se custodiaba en el Norte, en un santuario llamado Ongar. Cuando Roderik llegó al trono, y derrocó a los witizianos, puso en peligro la preeminencia de Olbán. Entonces el conde de Septa recordó que entre las historias que circulaban en su familia, había una que aludía a una copa de poder. Se puso en contacto conmigo y la buscamos en Ongar pero ésta había desaparecido tiempo atrás, en el tiempo de las persecuciones de Chindaswintho. Olbán envió a Floriana a la corte para que averiguase si la copa estaba en poder del rey. Roderik, un hombre lascivo, se encaprichó de ella... Floriana era tan hermosa... y ella jugaba con él. Pronto averiguó que el rey no sabía dónde estaba la copa, que de hecho, él también buscaba.

—¿No sé si creeros! —exclamó Atanarik.

Atanarik había amado a una Floriana, compañera de juegos en la infancia, que le parecía ajena a todas aquellas maquinaciones políticas que el judío le estaba revelando. Samuel no se inmutó ante su expresión de incredulidad y prosiguió hablando.

—Lo que os digo es la verdad. Por su parte, el rey tenía también sus informadores que averiguaron y le transmitieron la existencia de una conjura entre los witizianos. Sin embargo, Roderik no sospechaba que Floriana formase parte de la conjura. —El judío sonrió tristemente—. Fue gracias a vos como lo descubrí...

—¿A mí...?

—Sí, vos, un antiguo amor de su infancia. Floriana sabía que estaba metida en un juego peligroso y por eso, en un principio, ella os rechazó, pero llegó un momento en el que se rindió a vos, olvidó las órdenes de su padre. Sólo vos estabais en su pensamiento. Al fin, Olbán se enteró de que erais amantes y le envió una carta, reprochándole su comportamiento, en la que le recordaba sus deberes. En ella, se mencionaba la misión que debía desempeñar y le hablaba de la copa. Ahora sabemos que la carta fue interceptada por los espías del rey. Por ella, Roderik descubrió que Floriana le estaba utilizando, que realizaba un doble juego. Es probable que esta noche, el rey haya acudido a sus aposentos de palacio; pienso que con la idea de que Floriana le revelase dónde estaba la copa de poder... quizás ella se resistió y la mató.

En las sombras, Alodia observaba en silencio la conversación de ambos hombres. Samuel se volvió a ella.

—Alodia, seguramente tú sabrás lo que sucedió...

La sierva intervino, su voz temblaba al relatar el crimen.

—¿Quién soy yo sino una pobre criada a las órdenes de mi ama Floriana? Todas las tardes, yo escuchaba cómo Atanarik escalaba el muro y llegaba a los jardines de mi señora. En la luz del ocaso, los oía susurrar...

Tras breves instantes, Alodia permaneció ensimismada, por su cabeza cruzaron ideas dolorosas, al fin se repuso y prosiguió:

—Sé que los hombres del rey le han visto a menudo dirigirse a la cámara de Floriana. Ayer por la noche llegó un hombre, yo me ocluté pensando que se trataba de... de vos... —la sierva dudó antes de pronunciar el nombre del gardingo—... mi señor Atanarik. Debido a la conjura, había hombres que visitaban la cámara de mi ama. Decidí retirarme. Después escuché voces, pero no pude identificar quién era exactamente.

—¿Era Roderik? —preguntó el judío.

Alodia vaciló.

—No estoy segura. Era un hombre alto, encapuchado... Sí. Pensé que podía ser el rey... pero no estoy segura. Me asusté aún más, pensando que podía ser Roderik. Quienquiera que fuese se abalanzó sobre ella, la llamó perjura y traidora. Escondida tras unos tapices, pude entrever lo que allí sucedió. Aquel hombre se había abalanzado sobre Floriana, e intentaba estrangularla. Ella se defendía y consiguió zafarse de su abrazo, entonces el asesino sacó el puñal y comenzó a acuchillarla, llenándola de sangre. Ella no gritó, como si esperase el ataque. Tras comprobar que estaba muerta, aquel hombre salió huyendo. Seguí en mi escondite. ¿Qué podría hacer una criada ante un poderoso noble godo? Poco después, como cada noche, a través del muro apareció Atanarik, atravesó el jardín y llegó hasta el aposento de mi ama. Allí la descubrió, pero alguien llamó a la guardia que comenzó a golpear la puerta de la cámara para entrar. Mi señor Atanarik no era capaz de reaccionar, por lo que le ayudé a huir y le he conducido hasta aquí. Mi señor Samuel, debéis protegerle.

Atanarik había empalidecido al escuchar el relato, su rostro se contrajo por el dolor. Preguntó una vez más con voz bronca:

—¿Quién ha sido?

—¿Ha sido Roderik! —dijo el judío—. Debéis creerme. Él buscaba el secreto. Se sintió engañado por Floriana. Ahora ha lanzado un bando diciendo que vos sois el asesino. Lo hace para exculparse.

—Me vengaré... —gritó Atanarik—. ¡Juro por Dios que está en lo alto que me vengaré...! ¡Mataré a ese tirano!

—Ahora no es el momento, debéis ocultaros, se os acusa del crimen, os buscan por toda la ciudad...

Atanarik se sentó en una bancada de piedra junto al fuego, ocultó el rostro entre las manos, aturdido. El judío le observó con lástima, callaron. Samuel pensaba en qué era lo que debía hacerse ahora. Atanarik no podía pensar, de nuevo tenía la mente en blanco.

Alodia los observaba a ambos, llena de tristeza y preocupación. El judío se separó de Atanarik dando vueltas por la estancia. Entonces, Alodia con voz suave se dirigió a Samuel.

—Mi señor. Debéis saber algo... algo terrible.

Ella se inclinó ante el judío y habló en voz baja.

—¿Recordáis la maldición de la cámara de Hércules?

—Sí. No es más que una leyenda... —respondió el judío.

—No. Es real. La cámara de Hércules existe; está debajo del palacio del rey Roderik y ha sido abierta. Hay algo espantoso bajo la ciudad. Creo que todos los males han salido de la cámara al abrirla.

—¿Estás segura de que la has visto?

—Huyendo de los soldados del rey encontramos una cueva, una cavidad en el centro de la roca donde se alza Toledo. En ella hay una cúpula construida de tiempo inmemorial y cerrada por múltiples candados, que han sido abiertos recientemente. En el interior de la cámara hay tantas riquezas como no os podéis imaginar. La más maravillosa de todas es una tabla de oro y esmeraldas, como una mesa grande de oro con tres cenefas de perlas y esmeraldas. Una mesa de poca altura en la que lucen las letras mosaicas que veo en esta casa...

El judío abrió los ojos con asombro y exclamó:

—Me estás describiendo la Mesa del rey Salomón... ¡No es posible! La que buscamos desde hace siglos los de mi raza... Descríbemela otra vez.

Alodia volvió a relatarle lo que había visto.

—¿Qué más visteis? —dijo el judío.

—Hay también banderas...

—Las leyendas hablan de las banderas de los vencedores —dijo el judío.

Atanarik salió de su postración, habló casi en un susurro.

—Banderas árabes... —dijo Atanarik.

—¿Estáis seguros?

—Sí —dijo Atanarik.

Los ojos del judío brillaron de ambición:

—¿Qué más pudisteis ver?

—Restos humanos. Después huimos de allí, en el lago había algo siniestro, algo que se movía en el interior, quizás un animal...

—Se dice que la Mesa de Salomón está protegida por un conjuro, que tiene un guardián... que es peligroso desafiarlo... —murmuró el judío para sí.

Callaron. Un aliento de odio y ambición cruzaba la ciudad del Tajo. Después, en voz baja, susurrando casi, la sierva inquirió:

—¿Quién pudo abrir la Cámara de Hércules?

—Estoy seguro de que fue Roderik —le respondió el judío—. Buscaba la copa. Necesita desesperadamente algo que le ayude a mantenerse en el trono porque su poder se tambalea. La hambruna deshace el reino, los siervos huyen. El país arruinado no paga ya tributos. Hay descontento. Los witizianos se levantan en el Norte unidos a los vascones. Por otro lado, Roderik no es de estirpe balthinga. Por eso, los que acatan la realeza hereditaria, los fieles a la casa de los Balthos, no le siguen... Sabe que va a ser atacado y necesita algo que le cimiente en el poder. Pensó que la copa estaba en la cueva; pero no ha sido así, y se ha dado cuenta de que al abrir la cueva de Hércules ha cometido un error. Ha dejado escapar el maleficio. Además, supongo que poco tiempo después de entrar en la cueva, Roderik interceptó la carta de Olbán, se dio cuenta de que Floriana le traicionaba con vos. Debió de volverse loco de celos y de ambición.... Quizá mató a Floriana por despecho e intentando que le revelase el secreto de la copa de poder.

Todos callaron. El semblante de Atanarik adquirió un tono ceniciento, al fin exclamó.

—¡Me vengaré! ¡Juro ante Dios todopoderoso que lo haré! ¡Mataré a Roderik con mis propias manos!

Al verlo tan fuera de sí, el judío le miró compasivamente y le aconsejó:

—Ahora sólo debéis huir...

—Odio a Roderik... Está destruyendo el reino, es un hombre que no merece el trono y, si ha matado a Floriana, mi deber es vengarme.

—Entonces estaréis de parte de los que se oponen a él; por tanto, de los partidarios de los hijos del rey Witiza, del partido de los witizianos.

Atanarik meditó durante unos segundos. En aquel momento, el dolor de la pérdida de Floriana dominaba su corazón, aun así, Atanarik no confiaba demasiado en los witizianos, por lo que respondió.

—No me gusta dividir el mundo en dos bandos cerrados. Sé que tanto los partidarios de los hijos del rey Witiza como los del bando de Roderik sólo buscan el poder...

—Debéis elegir, mi señor Atanarik, no hay más opción —le expuso claramente el judío—. Roderik os busca para mataros, para condenaros por un crimen que no habéis cometido. Los hombres de Witiza os ayudarán, y entre ellos encontraréis a vuestros más fieles amigos.

—Los del partido del finado rey Witiza sólo buscan controlar el reino, mantener sus predios y riquezas —protestó Atanarik—. Además, Agila, el hijo de Witiza es sólo un niño.

—Pero su tío Sisberto puede llevar muy bien las riendas del poder. Oppas, obispo de Hispalis, hermano también de Witiza pone a la Iglesia de nuestra parte. De hecho, los witizianos ya luchan por el poder y han proclamado a Agila rey en el Norte.

—No me fío de Sisberto —dijo Atanarik—, él sólo se guía a sí mismo, sólo busca su propio provecho. No me gusta Oppas.

La suave faz de Alodia se mostraba de acuerdo con las palabras de Atanarik. Ella vivía en la corte y conocía algo de los entresijos y rumores de palacio.

—No hay otra elección, por ahora... —le aconsejó el judío, después enmudeció durante unos escasos segundos quizá pensando cómo revelarle más datos de la trama—. Debéis conocer las raíces de la conjura; quiénes están en nuestro bando y quiénes no.

Samuel pasó a enumerar a los witizianos que estaban conspirando para derrocar a aquel rey al que pocos amaban. Su rostro mostraba la exaltación de un hombre que ha sido continuamente humillado y que, al fin, ha encontrado la posibilidad de vengarse, de reparar las afrentas recibidas.

El fuego brillaba en la chimenea. Atanarik apoyó la cabeza en el muro junto al hogar, y suavemente se golpeó la cabeza contra la pared, como queriendo entender lo que le estaba ocurriendo. Pasaron unos minutos que al gardingo se le hicieron interminables. Alodia no apartaba de él su mirada, llena de consternación.

Al fin, Atanarik, levantó la cabeza y habló:

—¿Por qué confiáis en mí?

—Porque vos sois un joven guerrero a quien Olbán educó. Habéis amado a mi nieta Floriana. Necesitamos a alguien nuevo, lleno de odio, decidido, como lo sois vos. Debéis ir al Sur, llegar hasta el señor de Septa, ponerlos a sus órdenes.

—¿Cómo puedo volver a la Tingitana? Debo salir de esta ciudad que está constantemente vigilada, debo atravesar el reino. ¿Cómo cruzaré toda la Bética que es fiel a Roderik, que durante años ha sido su duque? ¿Qué barco me llevará hasta África atravesando el estrecho?

—No estáis solo. Os ocultaremos por esta noche. Mañana la sierva os conducirá al palacio del noble Sisberto, hermano del finado rey Witiza. Allí se os dirá lo que tenéis que hacer. Conoceréis a los que se oponen a Roderik. Ahora podéis retiraros a descansar. Alodia os atenderá, no quiero que se sospeche que estáis aquí. Roderik tiene espías por todas partes.

Mediante algún artilugio mecánico, el judío consiguió que se corriese la pared al fondo de la estancia; por aquel hueco Atanarik penetró en una pequeña estancia abovedada, en la que estaba dispuesto un lecho. Cuando estuvo dentro se cerraron las puertas. Sintió cierta aprensión en un lugar sin ventanas, que parecía un calabozo. Una palmatoria encendida lucía sobre un pequeño banco de madera cercano al lecho.

Por fin, olvidando sus preocupaciones, rendido por el cansancio, se hundió en la inconsciencia de un sueño agitado. En él se hizo presente una enorme serpiente en la cueva de Hércules, que se transformaba en una Floriana herida. Después el sueño se hizo más apacible. Le parecía ser un niño que jugaba en el adarve de la gran muralla de Septa, mirando al mar. Corría por la muralla y divisaba a lo lejos a Floriana, una Floriana ya adolescente cuando él era todavía un muchachillo, lanzarse a sus brazos que le elevaban; entonces, él ya no era un niño, sino un hombre que estrechaba a su amada. La que había sido su hermana, su amiga, su confidente. Pero

ella se transformaba en un ser lleno de sangre y, al fin, en una serpiente. Se despertó gritando, debían de haber pasado muchas horas. Junto a su lecho había vino, pan y carne curada. Alguien lo había dejado allí sin hacer ruido. Pensó en Alodia. Comió sin ganas y volvió a quedarse dormido.

Al despertarse de nuevo, entrevió en las sombras la figura de la sierva. La muchacha había dejado a los pies de la cama unas vestiduras de campesino.

—Debéis vestiros con estas ropas. Han pasado muchas horas, ya es nuevamente de noche. Os aguardan en el palacio de Sisberto. El noble Sisberto desea hablar con vos.

—¿Dónde están mis armas? ¿Dónde está mi espada?

Alodia, sin contestarle, desapareció de nuevo en la penumbra. Él se vistió con las calzas oscuras de los siervos, se puso una casaca sin mangas de estameña marrón, se ciñó un cinturón con hebilla basta de hierro y, por último, se cubrió con una capa oscura corta y con capucha.

Cuando estuvo así vestido, Alodia reapareció. De nuevo, la pared de la estancia se abrió de modo misterioso. Cruzaron la casa del judío, un jardín y un patio. Después, a través de las cuadras salieron a las calles de Toledo. Era de noche. Las piedras de la ciudad brillaban, durante el día había llovido; pero el cielo de la noche, despejado, sin nubes, mostraba el resplandor de las estrellas.

Detrás quedaba la puerta de la muralla, que denominaban de los judíos; desde ella y a lo lejos, se podía vislumbrar en el ambiente oscuro de la noche las luces del palacio del rey Roderik. Siguieron adelante, y rodearon la iglesia de San Juan, al frente los muros graciosos y pequeños de una iglesia de ladrillo, la de Santa María la Blanca, y cercana a ella una sinagoga judía. Enfilaron una cuesta en la que antiguas ínsulas romanas —casas de varios pisos donde moraban menestrales y hombres libres— cerraban sus puertas ante lo tardío de la hora.

Atanarik se escondía bajo la capucha; a su lado, caminaba Alodia, cubierta por un manto. Sin conocerlos, hubieran parecido poco más que una pareja de menestrales que regresaban a casa, de prisa por lo tardío de la hora.

Al llegar a lo alto de la cuesta divisaron las luces de la ciudad de noche. En el lado opuesto, el palacio del rey. Abajo en la vega, la nueva ciudad construida en tiempo de Wamba, los puentes con las

luces de la guardia, el de San Servando y el antiguo acueducto romano que aún transportaba agua. No había luna. Cruzaron por delante de la iglesia de San Pedro y San Pablo, sede de concilios. Al fin, muy cerca de la iglesia de Santa Leocadia, una hermosa casa de dos pisos, cerrada por un enorme portón: un palacio de piedra de muros altos, allí moraba Sisberto, hermano de Witiza y enemigo del rey Roderik.

Alodia llamó con el mismo toque que el día anterior, un ritmo doble, que fue contestado desde dentro con la misma señal. Se abrió el portón que dio paso a una estancia abovedada, al fondo una escalera formaba un medio arco y conducía hacia el piso superior. Una gran lámpara de hierro con múltiples velas iluminaba la entrada. La panoplia ofensiva de la familia de Sisberto colgaba en la pared: espadas y hachas, arcos y venablos: todo de buena factura.

La sierva habló con el criado que le había franqueado la puerta, y éste condujo a Atanarik por las escaleras dejando a Alodia atrás. Llegaron a una sala amplia, con las contraventanas de madera cerradas y en la que, al fondo, alumbraba una gran chimenea. En las paredes, grandes hachones de madera encendidos proporcionaban una luz tenue. Varios hombres se hallaban sentados en torno a una mesa. Un noble, con ricas vestiduras bordadas en oro y manto cerrado por una fíbula aquiliforme, presidía una animada conversación. Al escuchar que alguien entraba, cesaron las voces y se hizo el silencio. Atanarik se despojó de la capucha, irguiéndose.

—Un campesino... —dijo Sisberto irónicamente, como si no le conociese—, ¿qué hace un campesino en una reunión de nobles?

Atanarik se enfureció:

—No soy un campesino. Soy gardingo real, jefe de una centuria. Me han quitado las armas.

Sisberto hizo una seña al criado, que se retiró de la estancia. Al cabo de poco tiempo el fámulo volvió a entrar con una fina espada, labrada en el Norte de África.

—Podría ser un tanto peligroso que un campesino, después de cerrar la muralla, caminase por la ciudad armado, por eso os hemos retirado vuestras armas —afirmó el obispo—. Así, que... decís que sois noble.

Atanarik se enfadó por el sarcasmo en la afirmación de Sisberto y airado exclamó:

—Sabéis bien que pertenezco a una noble familia goda, soy de estirpe balthinga. He sido educado en las Escuelas Palatinas. Olbán de Septa me prohió.

—No sois hijo de Olbán. Vuestro padre es un jeque bereber. Atanarik se sintió molesto y confundido, contestó:

—Así es.

—No os avergoncéis de ello. Tenemos nuestros espías y sabemos que vuestro padre moviliza más hombres que todos los que el tirano Roderik manejará en su vida.

—Nunca he sabido nada de mi padre.

—Pero nosotros, sí. Estamos bien informados. Vuestro padre se oculta en el interior del Magreb pero, de cuando en cuando, ataca las costas de la Bética. Hace un año, uno de sus lugartenientes, Tarif, desembarcó cerca del Mons Calpe y se llevó rehenes y cautivos, sobre todo mujeres, que han sido vendidos a muy buen precio en los mercados magrebíes. Sí. Estoy seguro de que vuestro padre ayudaría a su hijo a atacar este reino, no sólo por amor filial, sino sobre todo, porque le gustan las mujeres hermosas y nuestras hispanas lo son mucho. Le gusta el botín. Sois un tipo interesante, Atanarik. No es fácil ponerse en contacto con Ziyad, que se oculta en las montañas del Atlas y es libre e indómito. Sin embargo, estamos seguros de que no desoirá la voz de su hijo.

—¿Por qué iba a llamar a mi padre?

—Porque ahora mismo vos sois un proscrito, que quiere vengar la muerte de vuestra amada Floriana. Una mujer admirable que nos ayudó contra el tirano. Porque vuestra familia..., ¿me equivoco?, fue sometida a una de las purgas de Chindaswintho y os interesa recuperar las posesiones que os pertenecen. Además sé que sois un hombre justo que estáis asqueado con la política de ese bastardo de Roderik que lleva el reino a la ruina.

—Sólo os importa el poder...

—No. Defiendo mis intereses. Por un lado, Roderik confía aún en mí. Pero por otro, me debo a mi estirpe. Habéis de saber que mi sobrino Agila se ha proclamado rey en la Septimania y en la Narbonense. Estos que me rodean le apoyan. ¿Los conocéis?

—Veo a mi antiguo comandante Vítulo... —respondió con sorna Atanarik.

Un hombre de cabello cobrizo plagado de canas, muy fuerte, le hizo una señal amistosa.

—Veo a mi buen amigo Wimar —sonrió suavemente el joven gardingo.

Un hombre rubio de ojos claros sin pestañas, fríos pero de expresión aparentemente amigable, le devolvió la sonrisa a su vez.

—Allí está Audemundo... y muchos otros más.

El tal Audemundo, un hombre calvo con expresión seria y digna, le tendió la mano, que Atanarik estrechó.

Tras las presentaciones, Sisberto prosiguió:

—Sé que, en el fondo, sois de los nuestros. Por lo tanto, es importante que conozcáis nuestra posición. Es prioritario para nosotros y para el reino derrocar a Roderik. La muerte de mi hermano Witiza se produjo en extrañas circunstancias. Uno de los allegados de Roderik, Belay..., ¿le conocéis?

—Fuimos compañeros en las Escuelas Palatinas. Ahora es el Jefe de la Guardia. Hemos sido amigos y somos parientes lejanos, en los últimos tiempos he estado a sus órdenes. —Recordó Atanarik.

—Belay odia a Witiza, que ha causado la muerte de sus padres, juró que se vengaría de él. Participó en la conjura que le derrocó. Ahora es el Conde de la Guardia Palatina. Le han asignado una misión, buscar al asesino de Floriana, es decir, buscaros a vos y conducirnos ante el rey para daros un escarmiento público.

Atanarik se sorprendió mucho, por lo que exclamó:

—¡Belay y yo hemos sido hermanos de armas, compañeros en muchos frentes de batallas! ¡No es posible que vaya contra mí!

—Se debe al cargo que le proporcionó Roderik tras su traición a Witiza. Belay es un hombre eficaz, os encontrará, cumple diligentemente sus deberes para con Roderik.

Ante aquel nombre, el joven gritó:

—¡No mencionéis al tirano! ¡Le mataría con mis propias manos!

Sisberto se sintió satisfecho y le contestó:

—Entonces estáis en nuestro lado. La elección de Roderik es ilegal y perjudica a nuestros intereses. Somos ya muchos los descontentos...

—Es decir, estáis descontentos porque no se os reconocen vuestros privilegios —le interrumpió con sarcasmo Atanarik.

—Porque corremos el riesgo de perder lo que nos ha costado tantos años conseguir.

El joven espathario real sabía bien que las luchas entre nobles habían devastado un país que se derrumbaba. Por un momento, recordó lo que había visto poco tiempo atrás, cuando había regresado del Norte, y lamentándose les advirtió:

—El campo está famélico. A pesar de las leyes, los siervos huyen y las tierras de cultivo se desertizan, el país está devastado. Una nueva guerra entre nobles traerá más pobreza y desesperación. Hundirá más al reino. ¿Eso no os importa?

—Digamos que sí, pero no entendéis bien nuestro punto de vista, Roderik, un necio arribista, está hundiendo al país, no nosotros, y además —repitió— favorece a los que se oponen a nuestros intereses. ¿Con quién estáis vos? ¿Con los asesinos de Floriana o con aquellos en los que ella confiaba?

El cadáver de Floriana, sus heridas, sus ojos muertos fijos en él, retornaron a su mente, Atanarik bajó la cabeza. Sisberto continuó:

—¿Quién os importa más? Nosotros, que podemos ayudaros... o Roderik, que os cortará las manos, os arrancará los ojos y os ejecutará.

Al huido de la persecución real no le quedaba otra salida, pero todavía arguyó:

—Sabéis muy bien que la ley, que rige desde tiempos de Ervigio, sólo permite que yo sea juzgado por mis iguales.

—¿Confíaís en un juicio justo? ¿Confíaís en que el que mató a Floriana garantizará que testifiquéis contra él?

El gardingo real negó con la cabeza, mientras el witiziano se expresó tajantemente:

—Vuestra única salida es colaborar con nosotros.

Atanarik no tuvo más remedio que asumir su destino:

—Lo haré —afirmó con rabia.

—Bien. Os buscan por todas partes. Os ayudaremos a salir de aquí, pero será más seguro si os dirigís al Sur tal y como vais, vestido de campesino. Si vais como lo que sois, un noble gardingo real, os reconocerán y os detendrán. No podemos proporcionaros hombres, no queremos despertar las sospechas del rey, sus espías nos vigilan continuamente. Si os atrapasen, acompañado de hombres de mi clientela, sería vuestro fin pero también el mío y el de los fieles a los hijos de Witiza. Recordad que mi sobrino Agila ha sido proclamado ya rey en la Septimania. A cualquiera que tenga algún vínculo con él, se le considera un enemigo potencial. La sali-

da de Toledo de una tropa de witizianos, aunque fuera pequeña, sólo llamaría la atención de la guardia y os relacionarían conmigo. Os proporcionaremos ayuda económica ahora, pero debéis ir solo hasta Hispalis. Allí, buscaréis el palacio episcopal y os presentaréis a mi hermano, el noble obispo Oppas, que os facilitará un barco que os conduzca a Septa. Olbán estará preparando ya su venganza. Al conde de Septa le importa mucho la muerte de su hija; pero le importan aún más sus contactos en el Mediterráneo. Roderik le ha cortado sus aprovisionamientos en las costas de Hispania. Olbán necesita un gobierno más afín a sus intereses y a los de los árabes. Él quiere seguir negociando entre los puertos del Levante y las islas del Norte. Su enclave es estratégico para el comercio. Con un gobierno como el de Roderik los negocios no le irán nunca bien. A vuestro amigo Samuel, el judío, le ocurre lo mismo; además quiere vengarse de las humillaciones sufridas por su raza.

Atanarik le contestó con una voz llena de rabia y amargura:

—¡Y a vosotros! ¡Sólo os importan vuestras prebendas!

Sisberto haciendo caso omiso a las razones del goda, siguió desarrollando su plan:

—Iremos preparando el terreno. Enviaremos a Roderik hacia el norte. Aunque parezca raro, Roderik confía en mí. En el momento de su elección, le apoyé. No me quedaba otro remedio. A veces Roderik duda de que yo le sea realmente leal, pero de momento no le queda más remedio que soportarme. Además quizás ahora mismo esté sumido en los remordimientos tras la muerte de...

—Floriana... —susurró Atanarik.

—Sí, de esa bella dama que pertenecía a nuestro partido.

El witiziano se detuvo un momento en sus reflexiones, para proseguir después con una voz que parecía complaciente.

—Amigo mío, si desempeñáis bien vuestro cometido, en menos de un año Roderik habrá caído en vuestras manos; un nuevo orden se avecina en la península.

—Sí. Un nuevo orden... —dudó Atanarik.

—Sois hijo del hombre que controla los destinos de África.

—Lo soy, pero nunca he visto a mi padre.

—Según Olbán, Ziyad podría colaborar si su hijo se lo pide...

Atanarik no se fiaba de los bereberes y expuso su opinión:

—Los bereberes sólo nos ayudarán si les pagamos con oro. Se necesita un buen capital para levar hombres en África.

—Si es cuestión de oro, eso no constituye un gran problema. Pongo toda mi fortuna para derrocar al rey, para expulsar a los que atentan contra mis intereses...

Sisberto llamó a uno de los criados, y le susurró algo al oído. El criado salió. Los witizianos comenzaron a discutir aspectos de la próxima campaña. Cuando el criado entró de nuevo, traía en sus manos un pequeño cofre, que presentó a Atanarik. El godo lo abrió. Estaba lleno de monedas de oro.

—Con este caudal podréis atravesar las tierras hispanas, llegaros a África y levar las tropas bereberes necesarias.

Sisberto llenó con aquellas monedas una bolsa de cuero y se la entregó a Atanarik.

Brilla el sol en lo alto del Aurés, el mismo brillo de aquel oro que un día le diera Sisberto. A Atanarik no le importa el oro, le importa cambiar un reino corrupto, vengarse y, ahora, cada vez más conducir a aquellos hombres, bereberes y africanos, que le siguen en su camino hacia el norte.

La berbería occidental

Siguiendo su camino, Atanarik ha dejado atrás el desierto, busca sus raíces ocultas quizás en algún campamento bereber, allá en las montañas del Atlas. Atraviesan valles poblados por encinas y alcornoques, laderas de pinares y, en lo alto, algún cedro. Los bosques no son espesos y en ellos se ven charcas por las últimas lluvias.

Busca a su padre.

La luz roja que reaparece en su interior cuando recuerda a Floriana se extiende de nuevo sobre el ánimo de Atanarik, pero tras unos breves instantes, rechaza la amargura del recuerdo, y el pensamiento se le escapa hacia los compañeros de las Escuelas Palatinas, sus amigos. Como en un espejismo retornan a su mente los rostros de los que ha dejado atrás quizá ya para siempre. Hermanos de armas, colegas, rivales; con ellos había luchado contra los vascones, los francos, había sofocado revueltas y sediciones. ¿Qué pensarían de él, cuando la acusación de que había asesinado a Floriana se extendiese por la corte?

Unos, los más, lo creerían culpable. Recordarían su genio vivo, pronto para la trifulca, su carácter visceral, que amaba apasionadamente y odiaba de modo vehemente, sus bruscos cambios de humor...

Otros, los menos, los verdaderamente íntimos, rechazarían la acusación, no podrían creerlo. Los verdaderos amigos conocían bien el fondo de su carácter, su corazón compasivo, que a veces se airaba, pero capaz también de contenerse, y que buscaba siempre la

justicia. De ellos, algunos sabían de su amor por Floriana. Belay, Casio y Tiudmir, además, sospechaban que ella era su amante.

Belay le perseguía. ¿Cómo había podido creer que él era un vulgar asesino? Pero Belay, a quien se había sentido tan unido, con quien tenía lazos de parentesco, era fiel a Roderik y obedecía sus órdenes.

Todo le era indiferente, una insensibilidad dolorosa se extendía sobre su espíritu, lacerándolo. Hubiera preferido un fuerte dolor físico, enfrentarse a alguien, ser golpeado, a aquella conmoción gélida que se extendía por su ánimo y lo llenaba todo de una indiferencia sobrecogedora. Floriana era su única familia, la sensación de soledad le deshacía por dentro.

El afán de venganza lo mantenía vivo. Sí. Vengar la muerte de Floriana, pero también sanear el reino, limpiando de corrupción y podredumbre las tierras hispanas.

A la cabeza del proscrito, retornaba una y otra vez la idea de depurar el país: la corte, corrupta; la Iglesia hedía a nepotismo, afán de lujo y de riquezas, falta de espíritu cristiano y vanidad. Los siervos se fugaban de sus predios porque necesitaban comer, los nobles sólo buscaban su propio provecho; el rey, un títere de los nobles o un tirano. Más allá de la venganza por la muerte de Floriana, Atanarik ansiaba ahora un cambio radical; rehacer, desde sus raíces, un reino que se hundía. El gardingo real pensaba que mientras él era perseguido como asesino, el auténtico criminal detentaba injustamente la corona.

Cuando el sol descendía sobre el horizonte, iluminando la Sagra, huyó de Toledo. Se escabulló entre el tumulto de los campesinos que salían de la ciudad, antes de que se cerrasen las puertas. Caminaba inclinado, mirando al suelo, y cubierto por la capucha. A su espalda colgaba un saco en el que parecía llevar grano, pero en donde en realidad escondía una espada. Los guardias de las puertas que buscaban, entre los que salían, al noble gardingo que había asesinado a la dama, no le reconocieron y le dejaron pasar. Quizá creyeron que era otro más de los muchos campesinos que habían acudido a trocar productos en el mercado.

Anduvo de prisa, sin detenerse. Cuando llegó a los cerros que se elevaban cercanos a la ciudad, al inicio de las montañas que debía

atravesar para llegar al Sur, se paró para echar una última mirada a la urbe, aquel lugar donde había muerto su Floriana, el lugar de su adolescencia y primera juventud. Las altas torres de las iglesias, los palacios de los nobles, las casas de los menestrales descendiendo hasta el Tago y en lo alto, coronándolo todo, el palacio del rey Roderik.

Se abstrajo mirando a la ciudad a la que amaba. Al tiempo, a su lado, sintió la presencia de alguien; una presencia suave que apareció allí de modo casi mágico.

Era Alodia.

—Mi señor, llevadme con vos. Tengo miedo de permanecer en la ciudad. Los hombres del rey me buscan. No tengo a nadie.

Atanarik se miró a sí mismo, a las ropas que llevaba puestas, su aspecto rústico.

—Ahora soy un siervo. Nada tengo. Mi camino es largo y va a las lejanas tierras africanas.

—Iré con vos. Os serviré.

—No puedo ofrecerte nada —dijo él, compadecido.

—Ahora pertenezco al judío Samuel, mi ama me cedió a él tiempo atrás para que les sirviese de enlace. Él ha sido bueno conmigo, me ha acogido en mi desgracia; pero sé que en Toledo no estoy segura. Han puesto precio a mi cabeza. Los bandos recorren la ciudad, antes o después sus criados pueden hablar, querrán cobrar la recompensa... Me apresarán los hombres del rey, me torturarán y seré ejecutada.

Los ojos de Alodia estaban cubiertos de lágrimas. Atanarik se ablandó.

Caminaron así, juntos. Dos siervos de la gleba, él delante; ella, como una esposa sumisa, unos pasos más atrás. Nadie podría sospechar que eran proscritos, sino unos labradores que se dirigían a los campos cercanos a trabajar, o quizás a mercar a una aldea próxima.

Llegó la noche y durmieron en un pajar. La luz de la luna se colaba entre las pajas del techo.

—Tampoco vos podéis dormir...

—No —dijo Atanarik.

—¿Pensáis en ella? ¿En Floriana?

—Nada la borra de mi pensamiento —calló unos segundos, no deseaba hablar de Floriana, después siguió—, y... tú, Alodia, ¿en qué piensas?

Alodia tenía su mente fija en quien amaba. Finalmente, ella pudo balbucir.

—En nada.

Entonces, él le habló amablemente:

—No se puede no pensar en nada. Nuestras ideas bullen y cambian, transforman nuestro ánimo. Siempre se piensa en algo.

Ruborizándose y, haciendo un esfuerzo, ella le confesó por decir algo:

—Pienso en mi aldea, pienso en que vos me librasteis de algo peor que la muerte, que me trajisteis a la noble ciudad de Toledo.

Ambos callaron un tiempo. Al cabo Atanarik interrumpió el silencio, preguntando:

—¿Qué es aquello peor que la muerte de lo que te he librado?

Con cierto temblor en la voz, ella le respondió.

—Mi aldea es pagana. Adoran a la diosa, yo fui educada para ser su sacerdotisa. La sacerdotisa de la diosa debe traer al mundo los hijos de la diosa... y ellos vienen al mundo por un antiguo rito.

—¿Cuál?

—Cuando la nueva sacerdotisa ha llegado a la pubertad, en la primera luna llena, los hombres de la aldea, uno tras otro poseen a la sacerdotisa de la diosa.

Alodia avergonzada calló de nuevo. Él, compadecido de ella, le dijo suavemente:

—Había oído hablar de esos sacrificios en las tierras cántabras... Se dice que las mujeres del Norte lo aceptáis libremente.

—Mi madre sí lo hizo, por ello yo soy hija de la diosa. No tengo padre. Mi hermano Voto fue un padre para mí. Él me enseñó la luz del Único Posible. Me dijo, que no era la diosa la que descendía sobre la sacerdotisa, sino la lascivia de los hombres del poblado... Me pidió que huyese cuando se acercase el tiempo del sacrificio.

—¿Tu hermano no podía protegerte?

—A mi hermano Voto, lo expulsaron del poblado cuando supieron que había abrazado la luz del Único Posible, cuando supieron que había rechazado a la diosa.

—¿No tenías a nadie más que te defendiese?

—No. Mis otros parientes adoran a la diosa. Mi tía Arga era su sacerdotisa y me vigilaba. Vos me salvasteis.

—Te conduje a la servidumbre.

—¿Acaso era la libertad lo que yo tenía en el poblado? No. Lo

que yo tenía era la esclavitud. Vos me hicisteis libre... Me respetasteis y me librasteis de la lujuria de vuestros soldados. Me condujisteis a un lugar seguro.

—Ahora recuerdo cómo apareciste en medio de aquel camino. Creí que estabas loca...

—Os compadecisteis de mí...

Atanarik prosiguió:

—¿No podía haber ocurrido que te hubiese encontrado alguien que no te hubiese respetado?

—Oré. Sí, le pedí al Único que me ayudase. Un espíritu se me apareció, un espíritu de fuego me reveló que no me ocurriría nada. Entreví la luz del Único y en la luz se me reveló que os encontraría...

Ella guardó silencio de nuevo, asustada por su atrevimiento ante aquel a quien consideraba su amo y señor. Pensó que una pobre campesina de un lugar perdido en las montañas del Norte no podía aspirar a nada más que a servir a tan alto señor. Recordó la luz, que tiempo atrás le había hablado, y le había dicho que encontraría a alguien que la protegería y que ese alguien le partiría el corazón. Sintió vergüenza por haberse expresado con tanta libertad ante un noble.

Él percibió su turbación.

—Me hablas del Único... Es una forma curiosa de hablar de tu dios...

Ella sonrió. Al hablar de Aquel, el Único, al que ella amaba, su voz se dulcificó.

—Entre las gentes del Norte hay muchos dioses. Los de mi poblado creen en la Diosa que es una diosa más pero que vela especialmente por nosotros. Mi hermano Voto me explicó que sólo existía un Dios, con tal poder que era capaz de crearlo todo de la nada. Un Dios omnipotente, las cosas, nosotros mismos somos hechos por Él. Existimos porque Él existe. Nos mantiene en el ser. Si dejara de pensar en nosotros, desapareceríamos. Ese Dios Omnipotente no tiene rivales. Además Voto me explicó que Él es mi Padre. Eso me consuela. Yo no tengo Padre, puede ser cualquiera de mi poblado, cualquier anciano, cualquier hombre deforme... Pero el Único es Perfecto y es mi Padre. El Único es el Único Posible porque si existiese otro como él, ya no sería omnipotente. La Diosa no es buena, porque permite sacrificios como aquel del que yo

nacé; tampoco es Todopoderosa porque hay otros dioses que limitan su poder. Yo pienso que la diosa es un engaño de los hombres. En cambio, he visto la luz del Único Posible, se me ha revelado su espíritu.

Atanarik percibió un misterio en las palabras de la muchacha. No hablaron más. Entre las tablas que cubrían el techo de aquel pajar, Atanarik divisó retazos de un cielo estrellado. Y por primera vez en mucho tiempo Atanarik no soñó con Floriana. Su sueño fue plácido.

La sierva no podía dormir. La luz de la luna entró por la ventana entreabierta iluminando el rostro de Atanarik. Alodia se sentó y lo miró largo tiempo. Sus rasgos finos y rectos, la marca en su mejilla, las pestañas que cubrían la luz olivácea de sus ojos...

Al amanecer, un hombre con una horca entró en el pajar donde el sueño velaba los rostros del godo y de la sierva. Se levantaron deprisa. El hombre les gritó:

—¿Quiénes sois? ¿Siervos huidos?

—No. Vamos hacia Toledo...

Les amenazó con la horca, pinchó a Alodia, que estaba más cerca de él. Atanarik sacó la espada que llevaba oculta y desarmó al hombre, al que ataron con una soga que colgaba del techo y le amordazaron, tras lo cual salieron huyendo.

Atanarik decidió apartarse del camino real y dirigirse hacia el sur orientándose por el sol, campo a través, dejando atrás la senda que habían llevado antes. Pronto escucharon a una jauría de perros que les perseguía a lo lejos. Alguien había encontrado al hombre atado, quien les había denunciado a los habitantes de la aldea cercana. Se figuraron que eran siervos huidos, quizás al campesino le llamó la atención la hermosa espada de Atanarik. No era posible que un siervo poseyese tal arma, sospecharon que aquel hombre quizás había matado a su amo. Estaba penado ocultar a siervos huidos. Además, si había cometido un asesinato sería peligroso. Los hombres de la aldea cercana, alertados por las explicaciones del campesino, salieron en busca de los fugitivos.

Llegaron a lo alto de un monte, desde allí se divisaba el Tagus y en la orilla, la barca varada de un pescador; Atanarik se la señaló a Alodia. Corrieron por la pendiente que llegaba al río y al llegar a su

orilla, se montaron en la barca; avanzando ocultos por las cañas de la ribera.

Los perros se detuvieron al llegar a la margen del río y perdieron el rastro. Los del poblado, tras continuar la búsqueda por la ribera del río, algún tiempo después se dieron por vencidos y finalmente retornaron a la aldea.

La barca fue navegando sola, río abajo. Se dejaron llevar por la corriente. Pasaron todo el día en la lancha, deslizándose en el agua, sin remar, ocultos. Al anochecer, la barca se detuvo en la orilla.

Saltaron a tierra y, caminando cerca del río, encontraron un embarcadero, con una choza deshabitada. Durmieron allí.

Al nacer el sol, Alodia sacó de una faltriquera un mendrugo de pan y lo comió con ansia. Después, se dirigió al cauce del agua para lavarse. Sacó un peine de madera y se atusó el largo cabello rubio ceniza, el sol naciente de la mañana hacía brotar rayos de plata entre el cabello rubio oscuro. Así se la encontró Atanarik.

Cerca del embarcadero, salía un camino. El antiguo espathario se orientó por el sol, la senda conducía hacia el sur. Caminaron por ella. El sol iba subiendo en el horizonte, un sol de otoño que no calentaba. La brisa suavemente movía las ropas de Alodia. Más allá del río, en un viñedo, los labradores recolectaban la uva. Un niño corría entre ellos. Los fugitivos no osaban a acercarse a los campesinos. No sabían dónde se encontraban.

Al fin, el gardingo real se atrevió a aproximarse al lugar en el que los siervos estaban vendimiando. Varios de ellos se habían separado del grupo y se habían acercado al borde del campo, donde había unos pellejos con agua. Atanarik les hizo un gesto y uno de los vendimiadores, un hombre rechoncho y fuerte, se acercó hasta ellos.

—¿Quiénes sois? —les preguntó para orientarse.

—Siervos de mi señor Teodoredo.

Atanarik miró a Alodia. Las tierras de Teodoredo estaban al suroeste de Toledo. Cercanas a ellas había alguna población. Pensó en comprar allí caballos para acelerar la huida.

—¿Qué tal la cosecha?

—Este año no ha llovido casi nada. El pedrisco se llevó parte de las viñas en el mes de junio. Debemos pagarle a mi señor Teodoredo. No podremos comer.

Alodia les contempló, aquel hombre era poco más que piel y pellejo. Los otros tampoco mostraban muy buen aspecto.

—Vamos a la feria de ganado. Nos han dicho que hay feria en una ciudad próxima.

—Debe de ser en Norba...⁸

—¿Norba?

La barca les había llevado lejos, muy hacia el oeste, a las tierras de la Lusitania.

—Si camináis dos o tres días al sur creo que encontraréis la ciudad. Allí suele tener lugar una feria de ganado; aunque con la carestía y la peste no sé si hallaréis gran cosa.

El hombre les ofreció agua. Atanarik se la pasó a Alodia, que estaba sedienta.

—¿Es tu esposa? —dijo el siervo con cierta admiración.

—Sí —hubo de contestar Atanarik.

El gardingo la miró, bebiendo agua con la boca entreabierta, el cabello rubio ceniza brillando bajo la luz del sol de otoño. Nunca la había mirado así. Se dio cuenta de que era de mediana estatura, bien proporcionada, con una nariz fina y recta, con rasgos delicados. Tenía los ojos entrecerrados para beber de la cantimplora de barro y las pestañas sombreaban sus mejillas. Al fin, bajó el recipiente y se lo pasó a Atanarik, mirándole con ojos brillantes. Le sonrió. Él le devolvió la sonrisa, hacía mucho tiempo que no lo hacía. Algo dulce recorrió el corazón del gardingo.

Los siervos compartieron con ellos un escaso pan oscuro, Atanarik les pagó con unas monedas de cobre. Se despidieron, saludándoles con la mano, sin preguntar nada.

Ahora, Alodia y Atanarik caminaban el uno junto al otro por el camino. Atanarik estaba contento.

—En Norba compraremos caballos y ropas. Tengo que llegar a Septa cuanto antes y caminando tardaríamos mucho tiempo.

—No sé cabalgar.

—Aprenderás, no es difícil. Buscaré un animal de carga, que sea dócil, en el que puedas montar.

—Mi señor, os retraso en el camino.

—Ahora ya no puedo dejarte atrás —exclamó con tono decidido—. Te dejaré en Hispalis, al cuidado del obispo Oppas. Allí estarás a salvo.

A ella se le humedecieron los ojos. No podía soportar el pensa-

8. Norba Caesarina, la antigua ciudad de Cáceres.

miento de estar lejos de Atanarik, pero guardó silencio sin emitir ninguna protesta.

La mañana era cálida y suave. Después de los días pasados en los que parecía que el invierno se había apoderado del mundo, el otoño volvía con días algo más templados. Soplaban un aire tibio, que levantaba suavemente las faldas de ella y la corta capa de él. El campo mostraba una tierra rojiza, interrumpida por las vides. Entre los viñedos, los campos de cereal habían sido cosechados.

Al atardecer, atravesaron una raña con encinas dispersas, donde corría un arroyo; cerca de él, un madroño ofrecía sus frutos en sazón. Se dieron cuenta de que ambos tenían hambre. Él se subió al árbol y le fue tirando los frutos al suelo. Alodia los recogió en un buen montón. Ambos se sentaron apoyando las espaldas contra el árbol y comenzaron a comer. Al cabo de un tiempo, les invadió una alegría extraña. Los frutos maduros y con algo de alcohol se les habían subido a la cabeza. Atanarik reía como no lo había hecho desde mucho tiempo atrás. Comenzó a decir tonterías.

—¡Cómo te miraba el vendimiador! ¿Sabes que eres bonita?

—Y vos, mi señor, sois un fuerte guerrero —respondió ella con voz temblorosa.

—Sí. He luchado contra los francos, contra los rebeldes del Norte... contra los vascones y cántabros. —Le preguntó como en una broma—: ¿Tú de dónde eres? Quizás eres un guerrero disfrazado de dama; o quizás eres una bruja.

—No. Soy la sacerdotisa de la Diosa.

Entonces, Alodia comenzó a cantar, con una voz suave, un canto vascuence hermoso y antiguo; y después un canto rítmico, de danza, un canto muy melodioso. Él la miró y la sensación de ensueño que los madroños le habían producido se volvió más intensa.

Cayó la noche.

Llegó un nuevo amanecer. Habían dormido bajo las ramas del árbol de los madroños, el uno junto al otro. La luz del sol teñía de tonos rosáceos y púrpuras el horizonte.

Alodia se levantó. Del interior de la alforja sacó de nuevo el pequeño peine de madera. Se acercó al agua del arroyo para lavarse, al acabar recogió su larga cabellera con un prendedor, pensando que había sido un regalo de su ama Floriana.

Al despertarse, él recordó las risas de la noche anterior... Se pre-

guntó dónde estaría Alodia, caminó hacia el río y, como el día anterior, la encontró allí, junto al agua.

Un árbol extendía sus largas ramas sobre la corriente.

Se fijó en el armazón de metal con engarces de pasta vítrea, de él salían unas finas cuerdas de cuero que ella anudaba detrás de la larga cabellera.

Ella le miró con tristeza, y musitó suavemente:

—Me lo dio mi ama Floriana.

La cara de él se transformó, una leve contracción de amargura hizo que apretase la mandíbula. Surgió un silencio tenso, al fin él habló.

—Ella no me fue fiel...

—A pesar de todo, ella os amaba —afirmó con seguridad Alodia, conmovida.

—¿Cómo podía amarme y, al mismo tiempo, hacer un doble juego, seducir a otros?

—Ella siempre decía que no podía ser mujer de un solo hombre...

—¿Por qué nunca me reveló nada de su vida oculta? ¿Nada de en lo que estaba metida?

—No quería haceros daño. Para ella, vos erais más un hijo que un amante. Me dijo muchas veces que erais lo único limpio que había en su vida, que erais un hombre bueno... No quería empañar el afecto que os teníais con las sombras de la duda. Me dijo que nunca entenderíais su postura... Como no lo estáis haciendo ahora.

—¿La poseyeron otros hombres?

Ella dudó. Al fin, dijo la verdad.

—Creo que sí.

Él se volvió y golpeó el puño contra el árbol.

—¡No! —gritó él—. No existe la verdad, si hasta ella me engañaba.

—Debéis comprender...

—¿Qué comprensión queda hacia la infidelidad?

Alodia calló.

—Cuando yo llegué junto a Floriana, pensé que ella creería en el Único Posible. ¡Era tan hermosa! Pensé que buscaría el bien, la verdad y la belleza. Pero pronto supe que no era así. Ella era pagana. Había sido adoctrinada por su padre en los misterios de la Gnosis de Baal. Floriana me introdujo en sus creencias. Para ella existía una Divinidad Oculta o Infinito de la que surgió un rayo de

luz que dio origen a la Nada, identificada con una esfera o corona suprema. A partir de esta corona suprema de Dios emanaban otras nueve esferas. Estas diez esferas constituyen los distintos aspectos de Dios mediante los cuales éste se manifiesta.

—Entonces... ¿ella creía en múltiples dioses?

—No exactamente, nunca lo conseguí entender plenamente. No llegué a alcanzar la plena comprensión de lo que Floriana creía, era un sistema muy complejo, un dios del Bien y un dios del Mal; ambos con múltiples emanaciones. Para mí, mi Dios es más simple, Él es el Único Posible, Él se me reveló antes de huir de mi poblado. Floriana me recordaba a Arga, la sacerdotisa de la Diosa... No buscaban el bien, sino el poder... Nunca conocí del todo adónde le llevaban las creencias de Floriana. Ella creía en todo aquello porque según decía le permitiría llegar a un conocimiento más profundo de los misterios de la naturaleza, y así conseguiría ser poderosa... Pero ella ya lo era, sé que controlaba a los hombres.

Atanarik calló, intentando comprender lo que Alodia le revelaba, pero su faz se tornó gris.

—No os atormentéis... ¿Quién puede saber qué hay en lo profundo de una mujer tan instruida como Floriana? —le explicó Alodia, luego ella prosiguió como hablando para sí—. Una mujer tan sabia, tan hermosa, ducha en todo tipo de artes.

Atanarik no contestó nada, pero una vez más se dio cuenta de lo poco que había conocido a Floriana.

El hijo de Ziyad se alejó de Alodia. Ella entendió que Atanarik necesitaba soledad. La sierva se reclinó junto al sauce de la orilla, su mente se abstraigo; el río discurría sin cesar delante de ella. El rumor melodioso del agua le producía serenidad y calma, porque a Alodia le dolía el corazón. Atanarik parecía embrujado por aquella a la que la montañesa había servido y ni siquiera la muerte había roto del todo el hechizo. Alodia pensó que quizás era por ello por lo que no le había revelado todo a Atanarik, pero no se sentía todavía capaz.

El sol estaba alto en el horizonte, iluminando las praderas secas del campo de otoño, cuando Atanarik regresó. Su expresión ya no reflejaba el sufrimiento de unas horas atrás.

—He visto un poblado —le dijo—, quizás allí podamos encontrar algo.

Ella se levantó tras él. El joven godo caminaba a paso tan rápido que a Alodia le costaba seguirle porque él era muy alto. Avanzaron sin detenerse durante varias horas. Subieron un repecho, que Atanarik debía de haber recorrido previamente. Desde allí y, muy a lo lejos, se divisaba una aldea de casas de barro con techos de ramas. Del poblado salía humo. Pensaron que quizá se trataba de los fogones de la aldea. Al acercarse, les pareció demasiado humo para ser únicamente la lumbre.

Al llegar más cerca vieron que algunas casas ardían. Aminoraron la marcha, pensando que quizás aquel lugar estaba siendo atacado. Sin embargo, en la soledad de la tarde no se escuchaban gritos. Un silencio mortal se extendía por las calles. Llegaron al lugar, una única calle con casas bajas a los lados, por la que se esparcía un hedor a carne quemada. En el centro de la calle, en una pira ardían aún los restos calcinados de varias personas, jóvenes, niños y ancianos.

Un pueblo apestado.

Los habitantes habían quemado algunos de los cadáveres de los contagiados por la epidemia para evitar su propagación; después, al evidenciar la inutilidad de sus esfuerzos, se habían rendido al desastre y habían huido del lugar. El viento de la tarde movía las puertas de las casas vacías. Al fin, escucharon un ruido, como un maullido, como el sonido de un animalillo herido. Se acercaron a la casa de donde provenía. Vieron a una mujer muerta; a su lado estaba un muchacho retrasado de unos doce o trece años que no había querido dejar a su madre. Se hallaba a su lado, inmóvil, emitiendo un quejido sobrecogedor, como el maullido de un gato. No soltaba ni una lágrima. La miraba como en estado de alucinación.

Atanarik se quedó en la puerta.

Alodia comprendió; se acercó a él y puso su mano sobre los hombros.

—Está muerta.

Él dejó de quejarse, la miró con los ojos desencajados y le dijo:

—No. Duerme. No hagas ruido.

Alodia no quiso contradecirle.

—Sí, duerme. Vámonos de aquí porque si no se va a despertar. Se dejó arrastrar por Alodia y la siguió.

—¿Cómo te llamas?

—Me llaman Cebrián.

—Pues bien, Cebrián, ven conmigo, después vendrá ella.
El muchacho se dejó arrastrar por Alodia fuera de la casa.

—Sí. Me voy. Sí.

—Ella vendrá después —repitió Alodia.

Salieron de la casa. Cebrián era alto y esmirriado, con ojos un tanto saltones, y la cara alargada, muy moreno, sucio y tiznado por el hollín.

Atanarik estaba preocupado:

—Debemos irnos cuanto antes. La peste no respeta a nadie.

—Hay muchos muertos... todavía insepultos.

—No podemos hacer nada. Es peligroso permanecer más tiempo aquí —le repitió—. Debemos irnos...

Alodia entonces solicitó de su señor:

—El chico no tiene nada, debería venirse con nosotros.

—¿Qué podemos darle? No tenemos comida, nos persiguen.

—Da igual —dijo ella con firmeza.

El chico les miró mientras hablaban. Comenzó a saltar y les dijo:

—Comida, sí. Sé dónde hay comida. Mi madre quiere que comáis —miró a Alodia—. La doncella es amable.

Cebrián se encaminó decididamente fuera del poblado. En las inmediaciones, corría un río bastante caudaloso; subiendo río arriba, encontraron un molino. Entraron en la estancia central, donde el rodezno se seguía moviendo con una cadencia monótona. Los moradores habían huido por miedo a la peste, llevándose lo puesto. En una gran tinaja de barro, había harina. En una alcuza, aceite. Del techo colgaba cecina seca. Al fondo, había un hogar todavía encendido.

Alodia comenzó a trajinar. Amasó unas tortas. Atanarik y el chico se sentaron junto al agua. El godo no sabía muy bien qué decirle al muchacho. Comenzó a tirar piedras al agua, cantos rodados que rebotaban en la corriente. El chico le imitó, al cabo de un rato con el juego, habían olvidado sus penas. Reían.

Del molino salió un aroma agradable.

Se sentaron cerca del fuego. El chico engulló con apetito las tortas que Alodia había cocinado. No podía estarse quieto: se sentaba, se levantaba, se tocaba una oreja, se hurgaba la nariz. Comenzó a hablar, sin parar quieto un instante:

—Mi madre... amiga de la molinera... Las otras... No... No quieren a mi madre. Madre acoge a los hombres que pasan. Madre buena, cuida a los hombres, les acaricia mucho... Ellos ríen mucho cuando ella les da besos y los abraza. Me quiero quedar y reír yo también; pero madre me manda aquí con la molinera.

Hablaba de su madre como si estuviese viva.

—Me parece que no estamos lejos de Norba. ¿Nos podrías indicar el camino? —le preguntó Alodia.

—Norba. Sí. Norba. Feria en Norba —saltó de nuevo Cebrián—. Bien... bien. Yo ir con vosotros a Norba... Sí, mientras madre duerme.

No podía estarse quieto, hacía continuamente guiños con la cara, tenía un tic nervioso. Cambiaba continuamente de tema de conversación. En un determinado momento, le tocó a Atanarik en la cintura, bajo la capa descubrió la espada.

—Me gusta... espada me gusta... —comentó, después tomó a Alodia de la mano—. Tú no eres una dama... manos ásperas...

Ella le sonrió divertida y lentamente, como quien le enseña algo a un niño muy pequeño, le explicó:

—Si vas a ser compañero de camino, debes saber que me llamo Alodia. Soy campesina como tú, procedo de las montañas del Norte.

—¡Aha! Sabía que no eras una dama. —Los ojos de Cebrián chispeaban—. Eres demasiado amable. Él, noble, soberbio...

Atanarik no le dijo su nombre. Recordaba que había bandos por todas partes en los que se había puesto precio a su cabeza.

—¿El señor no tiene nombre? ¡Aha! A lo mejor eres peligroso. ¿Sí? ¡No...! No creo. ¿Cuándo nos vamos?

Alodia removía el fuego lentamente para que no se apagase, sin mirarles.

—Creo que podríamos dormir aquí —dijo suavemente Alodia— y salir mañana al alba.

El chico comenzó a saltar por la habitación; una estancia pequeña, con unas escalerillas de madera que conducían a una estancia superior.

—Dormir. Dormir. ¡Dormir! Arriba, allí estaba la molinera. Colchón de lana. ¡No hay ratas! —rio—. Todas, aquí... abajo.

Saltando como el mono de un titiritero subió las escaleras.

Alodia y Atanarik se quedaron solos. Ella seguía de cuando en

cuando removiendo la lumbre. Encima del fuego, estaba aún la sartén de hierro con patas en trípode donde había cocinado la comida. El fuego le calentaba las mejillas, que se habían enrojecido.

—Se ha vuelto loco... —dijo ella con pesar— por la muerte de su madre.

—Quizá no, quizá ya lo estaba, no sabemos cómo era antes de la peste.

Callaron; se oía únicamente el fuego chisporrotear. Atanarik le explicó suavemente.

—A mí me gustaría hacer como él. Negarlo todo. Que no fuese verdad lo que vimos en la cámara de Floriana, que no fuese verdad lo que el judío y los otros me han contado acerca de ella.

—Debéis olvidar. Olvidar no es lo mismo que negar. El olvido serena nuestro espíritu, lo aquieta. El olvido es como el sueño, cubre nuestros temores. La memoria nos tortura. A mí me tortura a menudo.

—¿Por qué?

—Yo me he ido del poblado. Pero sé que tengo un deber para con ellos, devolverles a la luz del Único Posible, evitar que sigan adorando a la Diosa. No sé cómo hacerlo...

—Nuestras leyes prohíben los cultos paganos... pero en el campo, en las montañas perdidas del Norte, esos cultos siguen existiendo.

—Sí, en mi pueblo hay sacrificios. No sólo el que hizo que yo huyese del poblado. A veces se matan a ancianos. Se considera que su vida no tiene valor. Mi abuela murió así. Algunos quieren cambiar ese estado de cosas, mi hermano Voto es uno de ellos, por eso lo expulsaron.

Miró a Atanarik. Dejó la espátula de hierro con la que removía el fuego. Atanarik permaneció en pie, frente a ella. Desde su posición inclinada, le vio alto, fuerte y se sintió protegida como aquel día en el Norte cuando huyó de su gente.

—Háblame de tu hermano... —le dijo Atanarik.

Ella pareció entrar en un sueño. Recordando el pasado, Alodia se detuvo, volvía a su mente el miedo pavoroso hacia los que regían los destinos de su tribu; después una evocación dulce, su hermano Voto.

—Mi hermano Voto...

—¿No tenías más hermanos?

—Sí. Tengo muchos hermanos. Todo el poblado podría serlo.

En realidad, Voto no era mi hermano porque fuésemos hijos del mismo padre y la misma madre. Voto había nacido como yo, tras la violación de una virgen. Ella era mi tía Arga. Mi tía había sido sometida al sacrificio en su pubertad, y había tenido un varón. Aquello se consideraba de mal agüero. No se le permitió volver a casarse. Tras el sacrificio tiene que nacer una niña que será la nueva sacerdotisa. Yo soy hija de la hermana menor de Arga, que fue sometida al rito para tener una nueva sacerdotisa en el futuro, pero ella no llegó a serlo; sólo había una sacerdotisa que en su tiempo era mi tía Arga. Mi tía Arga es muy sabia. Después de nacer yo, mi madre se casó con un hombre más joven que ella que no había participado en el sacrificio. Tuvo otros hijos que son mis hermanos. Pero yo era distinta a ellos, yo estaba llamada a convertirme en la nueva sacerdotisa por eso a mí me educó Arga y crecí con Voto, al que siempre consideré mi hermano. Además, como yo no tenía un padre conocido, y él era mucho mayor que yo, Voto hizo las veces de padre para mí... —ella se detuvo unos segundos, alterada por el recuerdo del pasado—. Pero llegó un tiempo en el que él se fue del poblado y yo estaba sola...

Los finos rasgos de Alodia mostraban un gran sufrimiento al recordar el pasado.

—¿Por qué se fue?

—Voto siempre hizo vida fuera de la aldea. No lo querían porque debería haber nacido mujer, se consideraba que traía la mala suerte. Por eso se sentía rechazado por los suyos y se hizo cazador y comerciante. Cazaba osos en el Pirineo y después vendía las pieles a los mercaderes de la costa, las cambiaba por oro, o por armas y herramientas que vendía después en el poblado. A Voto le gustaba viajar por las montañas, llegaba muy lejos, hasta las tierras astures, hasta Larre-On⁹ y Gigia.¹⁰ En uno de sus viajes, en las montañas cántabras, camino de Gigia, Voto fue atacado y apaleado. Los monjes de Ongar lo recogieron. Vivió con ellos muchas lunas. Allí, él encontró la luz del Único Posible.

Atanarik que escuchaba con interés la historia, se incorporó al oír aquel nombre.

—He oído antes ese nombre... Ongar...

9. Antiguo nombre vasco de Laredo, en Cantabria.

10. Gijón. Asturias.

Ella le recordó:

—La noche que huimos a través de los túneles, esa noche en la que llegamos a la casa de Samuel, mi amo el judío os lo explicó... Os habló de un santuario donde se guardó durante siglos una copa sagrada...

Entonces, Atanarik rememoró lo que el judío le había explicado de la copa sagrada, el cáliz que Floriana y Roderik buscaban, que quizás había sido causa del crimen y, de modo nervioso le preguntó:

—¿Conoces la copa sagrada...?

Ella afirmó con la cabeza.

—¿Qué es lo que sabes? —inquirió ávidamente el antiguo gardingo real, Capitán de Espatharios.

Alodia comenzó a hablar muy despacio, y Atanarik centró toda su atención en la historia que ella le iba contando.

—En Ongar, en su convalecencia, mi hermano escuchó la historia de la copa que tiempo atrás había desaparecido del santuario. Una visión le había dicho al abad que la copa corría peligro. El abad la confió a un monje, y a un guerrero. Cuando los hombres de un rey godo cruel, uno que masacró a los nobles y persiguió al linaje de los reyes anteriores...

—¿Chindaswintho? —exclamó Atanarik interesadísimo ahora por la historia.

—Me imagino que sí. Cuando los hombres del rey godo atacaron Ongar, el monje huyó custodiado por el guerrero. La copa, como sabréis, tiene dos partes, sé que el guerrero se llevó la copa de oro, y el monje se llevó la de ónice. Todo eso lo supe por mi hermano Voto.

—¿Nunca se lo has contado a nadie?

—No.

—¿Ni a Floriana? ¿Ni a tu amo el judío?

—Sabía que era peligroso hablar de la copa. Nunca he hablado del secreto. Yo sé dónde está, y a nadie se lo he revelado... Sólo a vos, porque yo confío en vos, mi señor Atanarik.

Atanarik la escuchaba asombrado:

—¡No puedo creer que tú, una sierva, sepas lo que muchos han querido conocer durante años!

Alodia prosiguió hablando animada al ver que Atanarik estaba tan interesado en lo que ella decía.

—Cuando mi hermano se curó de las heridas en el convento de Ongar, solicitó a los monjes ser uno de ellos; pero le dijeron que su lugar estaba junto a los suyos, que la luz del Único tenía que llegar a los recónditos valles del Pirineo, que debía predicar la Palabra. Voto regresó al poblado. Intentó hablar de la luz del Único Posible, de la Palabra, a los pueblos vascos de las montañas. Pero no consiguió nada, pronto los paganos del poblado le expulsaron de la aldea y se fue a vivir en soledad. Hacía una vida de casi total aislamiento, aunque todavía no era un ermitaño. Seguía cazando y vendiendo la piel de las piezas capturadas. Yo le iba a ver con frecuencia, porque mi hermano lo era todo para mí. Un día que, como de costumbre, se internaba por aquellas serranías; notó que algo se movía en la maleza, mi hermano escuchó el gruñido de un jabalí, y salió tras él. El animal corría deprisa internándose en la espesura. Estaba todo nevado. De repente, el terreno se hundió bajo los pies de Voto, precipitándose en un terraplén escondido por la nieve y los matojos. El golpe desde tanta altura le hizo perder el conocimiento. Al recuperarlo se encontró milagrosamente ileso. Se levantó, sacudiéndose el polvo y las hojas de los árboles y miró en derredor, primero hacia arriba, comprobando que había caído desde una altura de más de cien codos. Entonces, frente a él, en la pared del roquedo, percibió una hendidura amplia y al fondo, una luz. Entró con cierta dificultad, Voto era un hombre de grandes espaldas y fuerte. La luz procedía del techo, era un rayo solar que, en aquel momento del día, incidía en el centro de la cueva entre las rocas. Allí había un altar. Sobre él, una copa de medio palmo de altura de una piedra rojiza, a la que el sol arrancaba brillantes destellos.

»A un lado de la cueva, en un lecho un anciano parecía dormir. Era un hombre de rasgos finos, con los ojos entornados, su mano diestra había sido cortada. Voto se acercó al ermitaño que, al notarle cerca, pareció despertar, como si llevase dormido largo tiempo... Muy largo tiempo. El monje le dijo: “Alabado sea Dios que te envió a estas tierras... ¿Eres pagano de los que adoran al sol o eres un buen cristiano?” Mi hermano le contestó: “Ya no soy pagano, he conocido la luz de la fe, fui bautizado en Ongar...” El monje emocionado exclamó: “¡Dios sea loado! Yo he sido monje en Ongar. Hace largo, largo tiempo... Ahora no me queda mucho de vida... Le he pedido a mi Dios no morir sin dejar a alguien mi relevo y llegas tú que conoces Ongar. ¿Desearías ocupar mi puesto aquí junto a la copa de óni-

ce y velar por ella?” Voto sintiendo que el Único Posible le había traído hasta él, respondió afirmativamente. El anciano se incorporó del lecho. Los dos guardaron silencio unos momentos. La respiración del ermitaño se hizo fatigosa y entonces le dijo: “Ahora habrás de saber el misterio de la copa. Todo lo que te digo es verdad, moriré pronto. Nadie miente en su lecho de muerte. Mis años pasan de la centena, me llamo Liuva y mi historia es muy larga. Fui monje en Ongar. Huí de allí para proteger esta copa. Es la copa sagrada de la sabiduría. Estaba cubierta por una parte externa de oro y esmaltes de ámbar, que era la copa del poder. Ambas formaban una unidad. Juntas son un instrumento que puede causar la salvación o la perdición de muchos. Los monjes de Ongar las custodiábamos. En tiempos del cruel rey Chindaswintho, los hombres de su guardia llegaron a Ongar reclamando la copa. Los monjes sabíamos que aquel rey obscuro y cruel no debía poseer el cáliz del poder. Desmontamos la copa en sus dos partes: la copa de oro del poder y la copa de ónice de la sabiduría. Yo me fui con ellas, un hombre, un guerrero godo de mi familia, me protegió. Debimos separarnos, y cada uno se llevó una parte del tesoro. Él, que era más fuerte que yo, se llevó la copa de oro, yo me quedé con la de ónice. La copa de ónice es la copa de la sabiduría, en ella no hay mal. Vivo aquí custodiándola. Mi vida se ha prolongado gracias a su poder, pero ahora llega el momento del fin. Mucho he rezado al Dios de mis mayores para que alguien se hiciese cargo de ella, alguien que la salvaguardase. Ése eres tú. Júrame que la protegerás.”

»Voto lo juró. El monje agonizaba. Hablaba despacio, intentando llenar sus pulmones de aire. “Se acercan malos tiempos. Pronto el reino de los godos caerá en manos de sus enemigos, la fe en Cristo será borrada de muchos lugares. Hace mucho tiempo, largo tiempo atrás, escuché una profecía que decía que llegará un tiempo en el que todo se derrumbará, pero la salvación vendrá de las montañas. Recuerda siempre, hijo mío, que la salvación viene de las montañas cántabras; la cordillera que está junto al mar. Custodia la copa, será el origen de una renovación del antiguo país que los romanos llamaron Hispania.” Después pronunció otras palabras extrañas: “La salvación vendrá del Hijo del Hada.” Voto cuidó al ermitaño hasta que murió. Mi hermano le enterró, y desde entonces permanece en la cueva, custodiando la copa y haciendo vida eremítica. Un día, Voto —a través de un pastor— me hizo llamar y me la mostró, contán-

dome, entonces, todo lo que os he relatado. Me advirtió también que algún día tendría que huir de aquellas tierras. Me hizo jurar que no le hablaría a nadie de la copa, sólo al hombre justo, a aquel que no se movía por la lascivia ni por el odio. Para darme fuerza, me hizo beber en la copa sagrada. Por eso, cuando comenzó la música que movía los corazones, cuando empezaron todos a entrar en trance tras probar las bebidas estimulantes que se toman en las fiestas paganas de mi aldea, fui capaz de huir. Tenía miedo, miedo a la libertad, miedo a irme de la tribu y enfrentarme a un mundo desconocido. Sin embargo, un espíritu de fuego me susurraba en mi interior que nada me iba a ocurrir, que encontraría a alguien que me iba a ayudar; en quien podría confiar enteramente. Estoy convencida que ese alguien sois vos, mi señor Atanarik.

El joven gardingo la observó lleno de asombro. Aquella mujer conocía un secreto que muchos habían buscado. Un silencio admirativo cruzó el ambiente.

Atanarik al fin habló:

—Entonces... ¿la copa está en una cueva en el Norte?

—Sí, en el Norte está la copa de ónice, la custodia mi hermano, él es ahora el guardián de la copa.

—Y.. la otra... ¿la de oro?

—No sé dónde está, pero no se custodia allí. El monje que murió le dijo a mi hermano que había sido llevada por un guerrero al Sur.

—¿No te dijo su nombre?

—No lo recuerdo, era un nombre difícil como el de todos los godos. Sólo sé que el monje se llamaba Liuva y que el hombre que se llevó la copa de oro estaba emparentado con él.

Atanarik le pidió excitadísimo:

—Escúchame, Alodia, cuando algún día regrese a este país del que ahora huimos, cuando vuelva del Sur, debes conducirme hasta la copa de ónice. ¿Lo harás?

—Sí, mi señor. A vos os entregaré lo que me pidáis.

El fuego se había consumido, quedando únicamente el rescoldo. Atanarik se dio cuenta de que el secreto que todos buscaban había estado en manos de una sierva y un campesino del Norte. Comenzó a remover las brasas con energía, haciendo que saltaran chispas. Alodia le contempló sin decir nada más; sabía que, de cuando en cuando, Atanarik se abstraía y que no respondía a sus palabras.

Se sintió cansada, cansada y sola. Retirándose del fuego, en una

bancada junto al hogar, se tendió. Al poco, se quedó dormida, en su sueño no había inquietud. Dormía sin sobresaltos.

En cambio, Atanarik no pudo conciliar el sueño, recordando y analizando la historia que Alodia le había relatado.

Salieron del molino al alba.

Cebrián avanzaba unos pasos más adelante, saltando unas veces, corriendo otras. Hacía frío otra vez, pero el ritmo rápido les ayudaba a mantenerse en calor. Marchaban de nuevo campo a través porque el chico decía que, de aquella manera, atajaban. Alodia se enredaba la falda entre las mil zarzas del campo. A lo lejos descubrieron la cabaña de un leñador: cuatro tablas de madera y un techo de paja.

Al llegar allí, sólo se escuchaba el silencio. No se oían los gorjeos de los pájaros, ni la voz de la naturaleza.

Abrieron la puerta de la cabaña, que se deslizó con un crujido. Dentro olía mal, escucharon un ruido rítmico, algo se balanceaba. Al principio no pudieron distinguir nada en el interior. La luz de la puerta abierta dejó ver unas ratas que corrían asustadas. Alodia pegó un grito y empujó al chico fuera.

Atanarik entró.

Del techo pendía bamboleándose el cuerpo de un hombre. Debía de haber muerto algún tiempo atrás, porque ya olía mal. Tras recorrer la estancia con la mirada, Atanarik salió, cerró la puerta y se apoyó en ella.

Alodia mostraba gran palidez en su cara. El chico parecía no haberse dado cuenta de nada.

Atanarik le cuchicheó a Alodia:

—Debemos enterrarlo.

Rodeó la cabaña. En la parte de atrás había unas palas. Cogió dos y retornando a la puerta de la cabaña le dio una a Cebrián. Comenzaron a cavar una fosa. El chico se lo tomó como un juego, saltaba y hablaba continuamente.

Alodia les miraba trabajar, fijándose en la faz de Atanarik, en su expresión decidida.

Cuando concluyeron el trabajo, sintieron hambre, Alodia sacó de su alforja los panecillos que había cocinado en el molino. Los comieron con apetito y después, Atanarik le indicó a la sierva:

—Llévate al chico.

Alodia le pidió al muchacho que le acompañase y ambos se alejaron de la cabaña en dirección a Norba.

Atanarik entró en la cabaña, con un tajo de la espada rompió la cuerda que sostenía el cadáver. Después cargó con él, no era un hombre grande pero pesaba. Sintió la corrupción fétida de la muerte. Caminó unos pasos y lo arrojó en la fosa. Después lo cubrió con unas piedras y al fin con tierra. Terminada la faena, se alejó rápidamente del lugar.

Alodia y el chico ya estaban lejos, le esperaban sentados en el borde del camino. Cebrián se levantó y le recibió con mil aspavientos.

—¿Era un muerto? ¿No?

Se sorprendieron, porque el chico hablaba con naturalidad del suicida. Alodia miró a Atanarik, que estaba acalorado por la carrera. El chico siguió correteando un poco más adelante de ellos sin hacerles más caso.

—Hay muchos..., sí —murmuró para sí Alodia con tristeza.

Él no dijo nada. Después de un rato, la sierva continuó dirigiéndose a Atanarik:

—Ahora hay muchos más que antes. Los siervos están desesperados, unidos a la tierra sin posibilidad de abandonarla, pasando hambre. Hay hombres que no pueden más y toman este camino. A muchos no los entierran, habéis hecho una obra buena.

—No sabía...

—Vos sois noble, podéis comer todos los días, podéis vivir en un lugar o en otro. Tenéis un techo, vuestras mujeres están protegidas —le explicó Alodia—. En los últimos tiempos, a los siervos de la gleba les oprimen cada vez más. Algunos se escapan de sus señores buscando una vida mejor, pero no la hay. Si los encuentran son torturados y devueltos a sus amos. Muchos optan por otra huida, una huida sin retorno, como le ha ocurrido al leñador, y acaban con sus vidas de este modo. Las mujeres se defienden mejor, se prostituyen, como la madre de Cebrián lo hacía, se hacen barraganas de algún noble o algún clérigo de mala vida...

—Eso debería cambiar... —musitó Atanarik—, los nobles no pueden permanecer siempre impunes. Se necesita un gobierno más justo, transformar el reino desde sus cimientos.

Callaron. No tenían ganas de hablar, la visión del suicida les había conmocionado.

Aquella noche pernoctaron bajo un robledal, hacía frío. Se levantaron antes de que saliese el sol.

El muchacho comenzó a andar muy deprisa, animándoles a

que aceleraran el paso para entrar en calor. El sol comenzó a elevarse en el horizonte pero no les calentaba el cuerpo, lo que habían visto la tarde anterior les había producido un frío interno. La luz del alba iluminaba aldeas míseras con algunas casas de adobe cubiertas de ramajes y barro ya seco. A la derecha e izquierda del camino, se extendía la llanura suavemente ondulada. A su vista se ofrecían rastros que aún amarilleaban, barbechos, praderas y campos de lino. Las vides habían sido ya cosechadas, y las hojas se habían tornado rojizas, amarillas y cobrizas.

Al fin desde lo alto de una colina divisaron Norba, una ciudad amurallada y rodeada parcialmente por un río. Siguieron la calzada ancha que conducía a la villa. Cebrían saltaba por el pavimento de pequeños guijarros, con multitud de baches y grietas. La vía estaba concurrida, los lugareños caminaban deprisa; quizá querían llegar al mercado a buena hora.

Alodia, Atanarik y Cebrían marchaban ahora con la ilusión de llegar pronto a Norba, donde comprarían comida y cabalgaduras. Al cruzar el puente romano, poco antes de entrar en la ciudad, les alcanzaron unos mercaderes judíos que provenían de Emérita, traían en su recua ricas preseas, sedas y tapices y brocados. La mercancía había sido adquirida en el puerto fluvial de Emérita Augusta¹¹ de unos barcos procedentes de Bizancio, ahora se dirigían al mercado de Norba a venderla. Los judíos no se fijaron en la mujer, el hombre ni en el muchacho retrasado.

Pasado el puente, casi en la misma puerta de la ciudad, les adelantaron varios labriegos de los arrabales que llevaban en cuévanas sobre los asnos, nabos, ajos, cebollas y castañas.

Las puertas estaban abiertas, la guardia les dejó pasar sin trabas, mientras que a los arrieros les hacía pagar los derechos reales, un denario romano por cada pollino que llevase las alforjas llenas.

En las callejas de Norba, una muchedumbre gritaba, discutía y gesticulaba, encaminándose hacia la plaza del mercado. Los colores vivos de las sayas de las mujeres y los jubones de los hombres destacaban sobre las casas pardas de adobe o grises de piedra oscura. El sol del mediodía brillaba sobre la feria.

En la plaza, unos buhoneros vendían tortas. Más allá, un orfebre exponía joyas de dudoso valor, ofreciendo como piedras preciosas lo

11. Mérida.

que no era más que pasta vítrea. Una mujer vendía hierbas, para «curar los catarros, para calmar el sueño, para complacer a la mujer que amas». En otro puesto había algunos quesos de mal aspecto, rodeados de moscas. Un campesino vendía fruta algo picada.

Dos rústicos comían rebanadas de pan, y empinaban una bota con vino. El rostro de uno de ellos mostraba su alegría; le contaba a gritos al otro que había hecho un buen negocio vendiendo una yunta de novillos por más de veinte sueldos y se hallaba satisfecho con la venta. Junto a los dos rústicos, se ofrecía una vaca preñada en doce sueldos, un campesino pedía cuatro por un cerdo cebado, se compraban cincuenta ovejas en cien sueldos y se tanteaban potros, mulos, yeguas y pollinos.

Atanarik observó a los mercaderes que vendían ganado y dirigiéndose a ellos, se separó de Alodia. No sin antes proporcionarle algunas monedas, para que comprase comida. Ella se alejó seguida por Cebrián.

El godo detuvo sus pasos ante el corro que presenciaba la subasta de unos caballos. No eran más que unos percherones de poco fuste, pero era lo único que había. Con la peste y la sequía, con las últimas guerras, los caballos escaseaban. Un hombre de las tierras galaicas, unido al grupo, les refirió que había visto cambiar en el mercado de Leggio, un caballo por seis o siete bueyes. Atanarik pujó por dos caballos grandes y pesados, mejores para arrastrar carretas que para ir a la guerra. El trato no se prolongó porque Atanarik subió mucho la puja, evitando que el regateo se prolongase. Pagó cuarenta sueldos por los dos pencos.

Después, el gardingo se dirigió a un talabartero en otro lugar de la plaza para comprar los arreos: bridas, sillas y albardas.

Mientras estaba regateando con el vendedor, se escucharon trompetas. Unos soldados a caballo entraron en la plaza de Norba, ahuyentando a las gallinas y perros que correteaban entre los puestos del mercado.

Atanarik miró de reojo. Reconoció al que comandaba al grupo de soldados.

Era Belay, el Jefe de la Guardia Palatina.

Rápidamente, el antiguo gardingo real terminó la compra, pagando lo que le pedían, una cantidad alta, sin regatear ya más. Se abrió paso entre puestos de ollereros y torneros, en los que se ofrecían trillos, carros, bieldos, y hoces; buscaba a la sierva y al chico.

Los divisó más allá de unos toldos, bajo los cuales, unas mujeres vendían verdura, fruta y hortalizas. Alodia había comprado unos pellejos de vino y aceite; así como castañas, harina, peras y nueces. Estaba introduciendo todo aquello en un saco de sayal, cuando Atanarik con los dos caballos se presentó junto a ella. En la expresión del godo se adivinaba la preocupación y la prisa. En voz baja le dijo: «Debemos irnos... la Guardia Palatina.»

En ese momento, se escuchó el sonido de una trompeta. Cesó el griterío, todos callaron en la plaza, Alodia sin hacer ruido se situó con Cebrián detrás de Atanarik que, de nuevo, la miró preocupado. Uno de los hombres de la patrulla de soldados leyó el bando: se buscaba a un noble que había asesinado a una mujer en Toledo, un hombre alto con una marca en la cara, con él iba una mujer de cabello claro.

Atanarik se tapó aún más la cara con la capucha como si tuviese frío. Esperó a que los soldados se dispersasen y ayudó a subir a Alodia y a Cebrián a uno de los pencos, después él se montó en el otro.

Pronto la algarabía y el bullicio retornaron al mercado, las gentes estaban más preocupadas en conseguir viandas y pertrechos, en esos tiempos de carestía, que en localizar a uno de los muchos hombres a los que el rey Roderik perseguía.

Alodia y Cebrián salieron del recinto de la feria, sin que nadie les molestase. Detrás de ellos, Atanarik, inclinado y cubierto por la capucha, cabalgaba en trote lento para no llamar la atención. Antes de salir de la plaza, un carro ya vacío que circulaba deprisa salió bruscamente de una de las calles laterales y se atravesó al paso de Atanarik, el caballo del gardingo se encabritó levantando sus cuartos delanteros; al intentar controlar el caballo, la capucha de Atanarik cayó hacia atrás, descubriéndole el rostro.

Entre la muchedumbre, los ojos de Belay le seguían.

Atanarik, mucho tiempo después, aún siente esa mirada sobre su espalda; una mirada dolorosa, dura, inquisitiva... Le parece oír también la voz de Belay, gritando algo a sus hombres.

El cielo de la ciudad de Norba estaba tan despejado como está ahora el horizonte sobre las altas cumbres del Atlas, en las lejanas tierras africanas.